





Ludwig Klüpfel
Madrid 11.4.1908

ELOGIOS

PRONUNCIADOS

EN LA REAL SOCIEDAD

DE MADRID

POR EL SOCIO

D. GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS

en 1788.

ELOGIO
DE D. VENTURA RODRIGUEZ
LEIDO
EN LA REAL SOCIEDAD
DE MADRID

POR EL SOCIO
D. GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS,

en la Junta ordinaria del sábado 19 *de Enero de* 1788.

ILUSTRADO CON NOTAS,

é impreso de acuerdo de la misma Sociedad.



MADRID MDCCLXXXX.
En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.
Con las licencias necesarias.

Salvis vitiis vestris, haec sapienti libertas quaeritur: non ut vobis facere non liceat injuriam agimus: sed ut ille omnes injurias in altum dimittat, patientiaque se ac magnitudine animi defendat.

Senec. de const. sap. cap. 9.

PRÓLOGO.

Si D. Ventura Rodriguez hubiera logrado en vida, como otros hombres insignes, el aprecio que se debia á su mérito, su elogio no tendria tanto ayre de apología, y á lo ménos careceria de este, que sin duda se mirará como el mayor de sus defectos. Pero precisados á hacerle justicia despues de su muerte, hemos querido mas bien exponernos á los tiros de la crítica que no al riesgo de dexar entrada á la envi-

dia en el digno lugar que la posteridad le tenia señalado. En el mundo abundan mucho los hombres dispuestos á alabar sin justicia y sin discernimiento, al mismo tiempo que son muy pocos los defensores del mérito injuriado y perseguido. Hé aquí la explicacion, ó sea la disculpa que debemos adelantar de algunas expresiones de este elogio, cuya censura sufrirémos sin réplica, con tal que no se suponga que pudo caber en nuestro ánimo el ruin designio de zaherir con ellas á

algun cuerpo ó persona particular: pues quando nuestro carácter no desmintiese bastantemente esta suposicion , bastaria reflexîonar en nuestro abono, que nadie está mas distante de hacer la guerra al mérito que quien pone toda su gloria en recomendarle y defenderle.

SEÑORES.

Si el aprecio que debe una nacion á los talentos se ha de graduar por la suma del bien que le grangean, el individuo que hemos perdido y cuyo elogio habeis fiado á mi voz, será ciertamente uno de los mas justos acreedores á la estimacion de nuestra patria. D. Ventura Rodriguez dedicado á la primera, á la mas difícil, á la mas importante y necesaria de las bellas artes consagró á su exercicio y perfeccion su vida y sus talentos: la levantó desde la mayor decadencia al mas alto grado de es-

plendor: arrancó á la opinion pública el título de primer arquitecto de su tiempo, y fixó en él la época mas brillante de la Arquitectura española. Grande en la invencion por la sublimidad de su genio: grande en la disposicion por la profundidad de su sabiduría: grande en el ornato por la amenidad de su imaginacion y por la exâctitud de su gusto, reunió en sí todas las dotes que constituyen un arquitecto consumado, y se hizo digno de ser propuesto á la posteridad como un modelo.

Tal es, señores, la idea que os voy á dar de este digno socio, y tal el obsequio que su memoria exîge de nuestra gratitud. Rindámosle

pues el tributo de alabanza que le es tan debido; y miéntras el vulgo, deslumbrado por el esplendor de la riqueza y de las dignidades, no sabe apreciar á los hombres por lo que valen, sino por lo que representan, acreditemos nosotros á la patria que el aprecio y la recomendacion del verdadero mérito es la primera virtud de sus amigos y la mas sagrada obligacion de nuestro instituto.

D. Ventura Rodriguez individuo de esta Sociedad, primer Arquitecto de Madrid y de la santa Iglesia de Toledo, Académico honorario de la de san Lucas de Roma, y Director general de la real Academia de san Fernando, nació

en la villa de Cienpozuelos, inmediata á esta corte, el dia 14 de Julio de 1717 [1]; y parece que la Providencia le destinaba desde entónces al restablecimiento de nuestra Arquitectura, colocándole en el país y en la época de su mayor decadencia. Una temprana y vehemente inclinacion al dibuxo confirmó este presagio, que acaso presintieron sus padres, quando contra el órden de las comunes ideas, léjos de apagar, animáron esta primer centella de su genio.

Si Rodriguez no debió á la naturaleza los títulos pomposos con que distingue aquellas opulentas familias condenadas á ser alternativamente en un estado objeto de la veneracion y

la censura de las demas, no mirémos esto como mengua suya. Nacido en una familia hidalga, pero pobre, debió á la medianía de su fortuna la educacion que conduce naturalmente á las profesiones útiles; y si por una parte no tuvo que avergonzarse de su orígen, por otra halló en él aquella venturosa necesidad que es madre de la virtud y el mejor estímulo de los grandes talentos.

El que debió Rodriguez á la Providencia le llevó sin arbitrio al exercicio de las bellas artes. Dotado de un entendimiento exâcto y profundo, de una imaginacion fecunda y brillante, y de un carácter reflexîvo y grandioso, ni podia ser incierta su vocacion, ni tardíos los

testimonios de su aprovechamiento.

Dado al dibuxo, fué primer objeto de su aficion aquella arte sublíme y criadora que extendiendo su imperio sobre toda la naturaleza arrebata sin arbitrio en pos de sus encantos los espíritus mas elevados , y es al mismo tiempo delicia de las almas tiernas y sensibles.

Por esta senda hubiera llegado muy presto á la primera reputacion. Ya no exîstian en España aquellos célebres pintores que la habian dado tanto esplendor en el siglo precedente. Coello y Carreño habian fallecido sin dexar herederos de su talento y de su fama , y la Pintura , reposando en el monumento que habia alzado á su gloria Palo-

mino, su coronista, esperaba un restaurador baxo el augusto patrocinio de los Borbones. El vigor y la gracia que resplandecian en los dibuxos de Rodriguez le anunciaban ya á la nacion, quando el cielo, que reservaba este triunfo á otras manos, le extravió hácia la Arquitectura, y le puso en la senda que debia conducirle á una gloria mas sólida y colmada.

El Ingeniero-en-xefe D. Estevan Marchand Director de las reales obras de Aranjuez, viendo casualmente los dibuxos de Rodriguez que era entónces de solos catorce años, le agregó á sí, le dió las primeras lecciones de su arte, y conociendo su aprovechamiento le

empleó en calidad de Delineador en la extension de aquel bello palacio que executaba entónces de órden de Felipe el animoso. Allí fué donde la necesidad de seguir los antiguos planos presentó á Rodriguez la ocasion de observar las máxîmas del célebre Juan de Herrera, y allí donde sintió por la primera vez la secreta analogía que la naturaleza habia puesto entre el carácter de este gran maestro y el suyo, naturalmente inclinado á la grandiosidad sencilla y magestuosa.

Trabajó Rodriguez al lado de Marchand hasta 1733, y con Galuchi y Bonavía sabios pintores y arquitectos de la corte hasta 1735, delineando todas las obras que se

proyectáron en Aranjuez y haciendo cada dia en su arte mas señalados progresos.

Entre tanto el incendio del alcázar de Madrid habia inspirado al gran Felipe la idea de erigir una augusta morada á los sucesores del trono que acababa de afirmar con diestra vencedora. Esta empresa, la mayor que podia presentarse á la Arquitectura, clamaba por el primero de sus genios. Lo era entónces Iuvarra [2] cuya fama adquirida en los magníficos palacios, templos, teatros y otros edificios con que decoró á Roma, á Mesina, á Turín y á Lisboa resonaba ya en toda Europa. Fíase la nueva empresa á este célebre profesor, viene á Madrid, co-

lumbra el talento de Rodriguez, le llama á su lado, le nombra su delineador, se vale de su auxîlio, y juntos trabajan aquel precioso modelo, que aun hace nuestra admiracion; y cuyo abandono lloran todavía las artes y las musas [3].

La delineacion de esta obra insigne y la conversacion de este hombre célebre engrandecen el genio de Rodriguez, fecundan su imaginacion, rectifican su juicio, y desenvuelven todas las semillas de órden, de gusto y de grandiosidad con que la naturaleza habia enriquecido su carácter.

Muerto Iuvarra en 1736,[4] concluye Rodriguez solo el magnífico plan que habia dexado incompleto, y

nombrado Sacchetti para formar otro en el mismo sitio que ocupára el antiguo alcázar, le ayuda tambien Rodriguez como su primer delineador. En este ministerio levanta los planos del suelo, plaza y calles adyacentes al antiguo palacio, asiste á delinear todas las obras del nuevo, se ocupa continuamente en su execucion, substituye á Sacchetti en todas sus ausencias, y le arrebata por este medio una gran parte de la gloria cifrada en tan ilustre empresa.

El mérito adquirido en ella y en las obras de Aranjuez y San Ildefonso le iban proporcionando para mayores recompensas. A la edad de veinte y quatro años se halla nom-

brado primer Aparejador del real palacio , empieza á trabajar por sí solo en Madrid y las provincias , y su reputacion, no cabiendo ya en los confines de España , penetra hasta Roma , le obtiene sin manejos el título de Académico de san Lucas, y este honor extrangero le empeña con mayor ardor en el servicio de su patria [5].

Desde entónces se le consulta, se le oye , se respetan sus dictámenes á la par de los del primer Arquitecto , y se adoptan alguna vez con preferencia. Así sucedió con los de las obras exteriores , plaza , baxadas al campo y jardines del palacio , en que tuvo la ventaja de conciliar mejor que Sacchetti la belle-

za y comodidad de los accesorios con la magestad y conveniencia del objeto principal. De este modo el genio inmortal de Rafael de Urbino, despues de haberse perfeccionado sobre las pinturas del Buonarrota, las superó del todo en expresion y belleza, triunfando, por decirlo así, de sus mismos dechados.

Tal era la suerte que estaba reservada á Rodriguez, sobresalir entre lo mas sobresaliente de su profesion, y aparecer ante los profesores de su tiempo como un modelo. Quando el padre de los Borbones pensó en vincular las bellas artes en una nueva academia, Rodriguez se halla entre los mejores maestros de Arquitectura, da las primeras

lecciones en la junta preparatoria, dexa atras el zelo de los artistas extrangeros, y es al fin nombrado primer Director de su arte. De forma que al consolidarse baxo Fernando el pacífico un establecimiento tan glorioso á las artes españolas, se vió ya al frente de la Arquitectura el hombre que debia restablecer su esplendor entre nosotros.

Mas ah! quan deplorable era entónces el estado de nuestra Arquitectura! Yo quisiera, señores, excusaros el disgusto de oir su triste descripcion. ¿Pero podré descubrir sin ella el abismo de ignorancia y mal gusto en que la halló Rodriguez sepultada? ¿Podré fixar aquel lejano punto de donde partió en su lar-

ga y penosa carrera? Destinado á restituirle su antiguo decoro, debia subir hasta su orígen, observar sus progresos y sus vicisitudes, y estudiar su historia en los edificios de sus diversas épocas. Tal es la ventaja de esta arte provechosa: sus grandes monumentos, resistiendo al torrente destructor de los tiempos que perennemente cambia y desfigura la superficie del globo, duran y permanecen por largos siglos y conservan, hasta en sus ruinas, la historia de la cultura ó la ignorancia de innumerables generaciones.

Rodriguez llevado sucesivamente por su reputacion á muchas de nuestras provincias busca en ellas ansioso los edificios célebres de

todas las edades : los analiza , los mide , los compara : los sujeta al infalible criterio de los principios del arte ; y igualmente enseñado por la observacion de los errores , que por la de los aciertos de los siglos pasados prepara la revolucion con que debia ennoblecer el presente. Vosotros , los que para rebaxar su mérito habeis repetido con tanta afectacion : *nunca estuvo en Roma* : venid , observadle , acompañadle en este estudio , y decidme despues ¿ si los largos y distantes viages , que tanto aumentan cada dia el rebaño de los serviles imitadores , han enseñado á ninguno lo que aprendió en sus curiosas expediciones este genio meditador y pro-

fundo? miéntras que yo , aplaudiendo su zelo y siguiendo sus pasos , me atrevo á mezclar un rasguño de la historia del arte al elogio de su restaurador.

Quando Rodriguez subiendo á las primeras épocas de nuestra Arquitectura tendió la vista sobre la superficie de la España romana, la halló sembrada de aquellos magníficos edificios, cuyas ruinas acreditan todavía á la presente generacion el poder y la cultura del pueblo dominador del orbe. Entónces vió como el zelo del christianísmo se afanaba por levantar sus Iglesias sobre los escombros de estos insignes monumentos , y como las artes ofrecian resignadas el sacrificio

de su antigua pompa al nuevo culto que empezaba á santificarlas, empleándolas en objetos mas sublímes y mas dignos de su magestad y belleza[6].

A este glorioso espectáculo vió suceder una escena de horror y desolacion para las artes. Los Wisigodos, no por espíritu de destruccion como el vulgo cree, sino por sistema de religion, miráron con escándalo los templos, los teatros, los circos consagrados á un culto que habian sinceramente abandonado y proscripto[5]. Sin gusto, sin conocimientos y sin cultura propia: no apreciando otra gloria que la adquirida en las campañas: ni formando mas designios que los que condu-

cian á esta gloria, estuviéron muy léjos de imitar la magnificencia romana y prefiriéron en sus habitaciones la sencillez septentrional. Su dominacion, que forma una época señalada en la historia de los conocimientos humanos, pareció á Rodriguez singularmente memorable por el vacío espantoso que ofrecia en la de nuestra Arquitectura [7].

A la entrada del siglo VIII. los Arabes abren á los ojos de Rodriguez otra perspectiva todavía mas desagradable. La Arquitectura, acogida por la religion entre los Wisigodos, habia hallado á lo ménos un pobre asilo en los templos católicos: mas los Arabes los arrasan todos desde Tarifa á Gijon: nada se libra de los

golpes de su brazo asolador [8] ; y la pequeña porcion de Españoles que se salvára del naufragio , libre ya de su riesgo , cuida solamente de reganar paso á paso el país que habia perdido en un instante.

En tan difícil situacion Rodriguez descubre apénas las bellas artes. La guerra y la reconquista, únicos objetos del pueblo asturiano , fixan el espíritu de su constitucion , y las costumbres emanadas de este espíritu se hacen como él sencillas y feroces. Solo reconocen las artes primitivas que puede conservar la necesidad en una nacion guerrera , miéntras las artes de la paz y del luxo , ó quedan del todo ignoradas , ó notable-

mente imperfectas. Rodriguez divisa entre ellas la Arquitectura, no sirviendo al gusto y la comodidad, sino á la seguridad y al abrigo. La simetría y la decoracion son objetos enteramente desconocidos en ella, ó del todo sacrificados á la firmeza y la duracion. Hasta en los palacios y castillos en que se busca principalmente la defensa vé Rodriguez que la aspereza de la situacion suple por la robustez de las fábricas, y que se mendígan de la naturaleza remedios contra la insuficiencia del arte. Los monasterios, los templos mismos eran entónces humildes y mezquinos [9], y andaba tan desconocida la magnificencia arquitectónica, que aun no acertó

á encontrarla en obsequio del Ser supremo el pueblo mas religioso y liberal con la Iglesia y sus ministros.

Tan triste idea formó Rodriguez de la Arquitectura de esta época obscura y turbulenta, y tal será siempre su suerte en los pueblos que condenare la Providencia á la misma situacion. Quando se lidia, decia un Filósofo (*), por la libertad y los hogares: quando entre el rumor y tumulto de las armas oye el corazon la voz de tan preciosos intereses, entregarse tranquilamente al estudio de las artes que solo tienen por objeto la comodidad y el gusto seria el mayor,

(*) Adam Ferguson. An Essay onthe history of civil Society. Part. 3. sect. 1.

el mas vil extremo de indolencia y de infamia. Jamas ha desmentido esta verdad la historia del espíritu humano; y quando Rodriguez le observó entre nosotros, en aquellas épocas en que la obligacion sagrada de defender la patria no se fiaba como ahora á manos mercenarias, le halló continua y ardientemente entregado á este importante objeto: el único que podia darle una ocupacion digna de su grandeza.

Pero los siglos XII. y XIII. ofreciéron mas digna y amplia materia á la observacion de nuestro Socio. La conquista de Toledo, que trasladó la corte castellana á la antigua capital de los Godos, baxo Alfonso el VI.: la célebre victoria de las Navas, que

fixó para siempre nuestra superioridad sobre los Arabes, baxo Alfonso VIII.: los viages á Ultramár, que descubrieron á los Européos las reliquias del luxo asiático : la pompa de los tornéos y fiestas públicas, los trovadores y juglares, los romances y cuentos amorosos, y todas las instituciones caballerescas, á que se daba ya tanta estima baxo Alfonso el Sabio, cambiaron enteramente el caracter de los Españoles, y produxeron aquella mezcla de ferocidad y galantería que distinguirá perpetuamente esta época de las que precedieron y de las que debian seguirla.

La Arquitectura sintió tambien esta revolucion, y se acomodó al

caracter de su siglo. Desde entónces no buscó ya en sus formas la regularidad, sino la rareza: en sus proporciones, no lo bello y lo grande, sino lo atrevido y lo maravilloso; y en su decoracion, no la conveniencia y el gusto, sino la profusion y la delicadeza. En esta última parte la Arquitectura européa [10] venció la de los orientales. Corrompida la antigua magestad del arte por los Persas, por los Arabes y por los mismos Griegos en el oriente, pasó sin ella á los Alemanes, Franceses, Italianos y Españoles, que observándola allí durante las Cruzadas, la trasplantáron á Europa y la difundiéron de repente por todos sus confines. España la adoptó con todo su luxo y sus defectos [11].

Robusta y sencilla en las fortalezas, liviana y suntuosa en los templos, osada y profusa en los palacios, Rodriguez la vió remedar en todas partes la marcialidad, la superstición y la galantería de su tiempo.

Pero si esta época enseñó á nuestro Socio hasta que punto puede extraviarse el genio abandonado á las inspiraciones del capricho, la siguiente le hizo admirar los progresos de que es capaz el mismo genio dirigido por el estudio y la observacion á los principios de un arte. Entónces vió como el estudio de las obras de Vitrubio y la observacion de los monumentos antiguos diéron á Italia un Bruneleschi, un Alberti y un Bramante, y como, mién-

tras Roma empleaba el talento de muchos célebres artistas para perfeccionar la obra inmortal del Vaticano, España ostentaba ya en los dos grandes alcázares de Granada y Toledo quanto se habia acercado á la perfeccion por el mismo camino.

Sin embargo la Arquitectura en esta crísis pasó por una segunda infancia, y tuvo los vicios de esta edad. Igualmente distante de la magestad griega, que de la osadía alemana, se acercó mas en las formas á la primera, y usó de los adornos con mas gusto y parsimonia que la segunda. Debió á Sagredo su doctrina, á Machuca y Cobarrubias su espíritu, y á Berruguete, Badajoz, los Vegas y los Salamancas su gracia y su riqueza [12].

Solo un paso le faltaba para restituirse á su antiguo decoro, y Rodriguez que habia corrido rápidamente los pasados tiempos, impaciente por llegar á este punto, se detuvo en él á considerar muy despacio los esfuerzos con que Toledo y Villalpando abrian aquella senda gloriosa que corrió despues tan denodadamente el inmortal Herrera, hasta que logró vincular en la maravilla de San Lorenzo su gloria y la del arte.

¡Pero tal es la condicion de las cosas humanas que nada hay seguro, nada durable sobre la tierra! La gloria misma de las naciones, esta gloria comprada con tan sangriento afán y poseída con tan loco entu-

siasmo, pasa como un relámpago que en la obscuridad de la noche ilumina por un instante la bóveda del cielo para restituirla despues al imperio de las tinieblas. Los títulos pomposos de que tanto se precian los pueblos: los títulos de guerreros, de sabios, de poderosos y opulentos pasan incesantemente de unos en otros, siempre acompañados del orgullo y vana confianza, que al fin los envilecen y destruyen con la misma vicisitud. Apénas poseyó España por una centuria la gloria que le habian adquirido tantos valientes soldados, tantos sabios famosos y tantos célebres artistas, quando pareció ya aquel triste período en que la literatura, las artes, las ciencias camináron á su

ruina al mismo paso acelerado que la riqueza, el poder y la gloria del imperio español.

En esta edad de corrupcion, abandonados otra vez los principios del arte de edificar, volvió á adoptar el capricho de los arquitectos todas las extravagancias que habia inventado el de los escultores y pintores. Aquellos convertidos en tallistas, para servir en los templos á una superstición tan vana y tan ignorante como ellos, alteráron todos los módulos, trastrocáron todos los miembros, desfiguráron todos los typos del ornato arquitectónico, y produxeron una muchedumbre de nuevas formas, si muy distantes de la sencillez y magestad de las antiguas, mucho mas

todavía de la decencia y el buen gusto. Pasó la depravacion á los pintores destinados á figurar cuerpos de Arquitectura para el adorno del teatro del Buen-retiro; y mientras Montalvan, Roxas y Matos-fragoso engalanaban con indecentes atavíos las musas dramáticas, para lisonjear el mal gusto de los cortesanos de Felipe IV. y Cárlos II., Barnuevo, Ricci y Donoso prostituian la Arquitectura, disfrazándola y sacándola á la escena sin unidad, sin gracia y sin decoro [13].

En medio de esta corrupcion general de principios Rodriguez observó que el torrente de la opinion iba arrastrando los arquitectos hácia el error que habian au-

torizado ya los escultores y pintores. Viendo aplaudir desde la corte hasta en la mas humilde aldea los monstruos que engendraba el mal gusto y que abortaba la ignorancia, ¿quien podria separarlos de una senda que conducia tan seguramente á la riqueza y al aplauso? Cediéron por fin al exemplo, y trasladáron á los pórticos, frontispicios y fachadas, las extravagancias de los retablos y escenas. Desde entónces los templos, las casas, las fuentes, los edificios públicos y privados todo se cubrió de torpes garambaynas y groseros follages, monumentos ridículos que testifican todavía la barbarie de quien los hacia, y el mal gusto de quien los pagaba.

Tal era el que dominaba á la entrada del siglo XVIII., y mientras Rodriguez consagraba su juventud al estudio de los buenos y sólidos principios de la Arquitectura, Barbás, Tomé, Churriguera y Ribera llevaban la corrupcion del arte, en Sevilla, en Toledo, en Salamanca, y aun en Madrid á aquel extremo de depravacion donde suele ser necesario que toquen los males públicos para empeñar á la indolencia en su remedio [14].

El que necesitaba la Arquitectura abrazaba todos sus objetos. Los arquitectos mas nombrados de aquella edad no sabian hallar la magestad para los templos, el decoro para los edificios públicos, ni la comodi-

dad y la gracia para los particulares. Privados de conocimientos matemáticos , ignorantes de los principios de su profesion y entregados á su solo capricho , violaban á porfia todas las máxîmas de la razon y el gusto , y se alejaban mas y mas cada vez de la belleza que no puede exîstir fuera de ellos.

Entretanto Rodriguez nacido para restablecer su imperio , y instruido por la enseñanza y el escarmiento de las edades pasadas iba acreditando su doctrina con obras dignas de los mejores tiempos. Su mérito , ántes sobresaliente á vista de los mas famosos extrangeros, brillaba casi solo en la corte y las provincias ; y quando llegó á su mitad el presen-

te siglo la gloria de nuestra Arquitectura descansaba enteramente en sus obras.

¡Quan digna, quan agradablemente llenaria su descripcion esta parte de mi discurso si sus estrechos límites pudieran contenerla! ¡Que campo tan abierto y proporcionado para hacer brillar á un mismo tiempo las bellezas de la eloqüencia unidas á las de la Arquitectura! ¡Que materia tan abundante no prestarian al elogio de Rodriguez el bello templo de San Marcos de Madrid y la excelente colegiata de santa Fe de Granada: las magníficas capillas de Zaragoza y Arénas : los suntuosos palacios de Liria y Altamira : el elegante

pórtico de los Premonstratenses ; y las preciosas obras con que enriqueció las catedrales de Toledo , de Cuenca , de Jaen y Pamplona! Pero tan digna empresa pide otra pluma mas sabia y delicada. ¡Ojalá que entre los herederos del nombre y la doctrina de nuestro Socio se encuentre alguna , que dedicada á formar la historia científica de sus obras, vincule en ella el mejor y el mas durable monumento de su reputacion!

Mas ah! que un adverso influxo se oponia obstinadamente á esta misma reputacion! Digámoslo de una vez : digámoslo para confusion nuestra y para enseñanza de nuestros venideros : la envidia, perenne

acechadora del mérito, y atroz perseguidora de los grandes talentos no pudo ya tolerar los de Rodriguez, y al paso que iba creciendo la fama de este insigne arquitecto redoblaba su saña y artificios para obscurecerla. Escondida ó descarada, astuta ó insolente, segun le venia mejor para asestar sus tiros: ora adulando la ignorancia, ora acariciando la miseria: tomando aquí por pretexto la seguridad pública y allá la conveniencia privada, contrariaba á todas horas y en todas partes los designios que este gran genio formaba para inmortalizarse en el silencio de su retiro.

¿Quien se atreveria á pronunciar tan amarga verdad si no exîstiesen los

vergonzosos testimonios en que está consignada? Sí, señores, los principales, los mas dignos trabajos de Don Ventura Rodriguez han quedado sin execucion. El proyecto de un hospital general, en que brillan á porfia la sencillez, la comodidad y la salubridad, tan necesarias en estos asilos de la humanidad doliente: el de un suntuoso y magnífico convento para los pobres y humildes hijos de san Francisco: el de un devotísimo oratorio para los de san Felipe Neri: el de una riquísima iglesia, de forma elíptica, decorada con toda la pompa del órden corintio para los de san Bernardo: de un palacio para los correos: de otro para la suprema inquisicion; y en

fin de una muchedumbre de edificios ideados por órden del gobierno, ó por encargo de particulares, forman un riquísimo tesoro de preciosas obras escondidas en la coleccion de sus papeles, y robadas á la comodidad y al decoro público por la envidia y la calumnia.

Robadas al público, sí, mas no á la reputacion de Rodriguez que está apoyada en ellas. Y á la verdad ¿que es lo que resta al arquitecto despues de haber perfeccionado sus planos? La execucion ya pertenece á otra mano, y acaso en esto mas que en otra cosa se distingue su profesion de las demas. Quando el genio criador de la Arquitectura guiado por la Sabiduría y inflamado del deseo de in-

mortalidad concibe un designio digno de ella: quando inventa, mide, calcula y distribuye su objeto: quando proporciona cada parte á su destino y de la sabia combinacion de todas hace que resulte la armonía general: quando da en la unidad un apoyo y un vínculo á esta misma armonía: en fin, quando concilia la solidez con la conveniencia, y la belleza con la comodidad, todo está hecho. Lo que resta no es ya la parte noble, sino la mecánica del arte: no pertenece al arquitecto, sino al aparejador: en una palabra, no es obra del ingenio, sino de las manos.

Pero ah! La Arquitectura no puede exîstir sin su auxîlio, y esta ne-

cesidad fué tambien funestísima á nuestro Socio. ¡Quantas de sus obras executadas fuera de su vista carecen hoy de aquella belleza original que les imprimiéra su inventor! En la Arquitectura donde todo es exâcto, todo geométrico, todo sujeto al compás y la regla, el menor extravío produce los mas grandes defectos. Una levísima infidelidad en la observancia del plan, un pequeñísimo descuido en la exâctitud de las medidas, qualquiera falta de diligencia y gusto en la execucion de los adornos bastarian á corromper las sabias ideas del mismo Vitruvio. ¡Que seria de los planos de Rodriguez tantas veces fiados en las provincias á manos mercenarias! ¿Y

que manos? ¡Buen Dios! A codiciosos destagistas, y tal vez á torpes é imperítos albañiles.

¡Imparcial posteridad! Tú no juzgarás á Rodriguez por los errores agenos, sino por los aciertos propios. Justa apreciadora del mérito distinguirás la perfeccion y sublimidad de sus ideas, de los vicios de la execucion, y atribuirás la gloria ó el descrédito á quien los hubiere merecido. Quando tú fallares la envidia habrá enmudecido ya, y mil obras célebres que durarán mas que sus débiles ecos confirmarán por largo tiempo la rectitud de tus juicios. La confirmará aquella rica y graciosa decoracion que consagró Rodriguez á la magestad del culto en la nueva

capilla real , y en los templos de la Encarnacion , de san Isidro y del Salvador de Madrid. La confirmará la memoria de aquellos monumentos magníficos , testimonios del amor y regocijo público con que esta capital abrió sus puertas al monarca que mas debia realzar su esplendor. La confirmarán los bellísimos adornos que como primer arquitecto de Madrid hizo , ó proyectó para hermosear su gran paséo : obra digna del ilustre y zeloso ciudadano que la emprendió , digna de la edad de Cárlos III. y el mejor ornamento de su corte. La confirmará la excelente mina destinada en el mismo sitio á la seguridad y al aseo público , y comparable á la gran clóaca en que Dio-

nisio y Casiodoro creian cifrada la magnificencia romana [15]. Y sobre todo la confirmará el insigne edificio de Covadonga, nuevo milagro que va á substituir la piedad al que nos robó la Providencia en los montes de Asturias.

Permitidme, señores, que en este portentoso sitio haga una breve detencion. ¿Quien transportado á él no sentirá su alma llena y penetrada de las venerables memorias que recuerda? Un horrible incendio consumió en 1775 aquel humilde templo que sostenia el brazo omnipotente, donde la respetable antigüedad hacia excusada la magnificencia y donde la devocion corria desalada de todas par-

tes á derramar su ternura y sus lágrimas. Este triste suceso llena de luto al pueblo asturiano, se difunde por toda la nacion, penetra hasta el trono del piadoso Cárlos III. y conmovido su real ánimo resuelve la ereccion de un nuevo y magnífico templo, concede libre curso á la generosa piedad de sus vasallos, y les da con sus hijos el primer exemplo de liberalidad.

Rodriguez nombrado para esta empresa vuela á Asturias, penetra hasta las faldas del monte Auséva, y á vista de una de aquellas grandes escenas en que la naturaleza ostenta toda su magestad, se inflama con el deseo de gloria y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¡Quantos

estorbos , quantas y quan arduas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña, que escondiendo su cima entre las nubes embarga con su horridez y su altura la vista del asombrado espectador: un rio caudaloso, que taladrando el cimiento brota de repente al pie del mismo monte : dos brazos de su falda, que se avanzan á ceñir el rio formando una profunda y estrechísima garganta : enormes peñascos suspendidos sobre la cumbre , que anuncian el progreso de su descomposicion : sudaderos y manantiales perennes, indicios del abismo de aguas cobijado en su centro: árboles robustísimos que le minan poderosamente con sus rai-

ces : ruinas , cavernas , precipicios, ¿que imaginacion no desmayaria á vista de tan insuperables obstáculos?

Mas la de Rodriguez no desmaya : antes su genio empeñado de una parte por los estorbos y de otra mas y mas aguijado por el deseo de gloria , se muestra superior á sí mismo y hace un alto esfuerzo para vencer todos los obstáculos. Retira primero el monte usurpando á una y otra falda todo el terreno necesario para su invencion : levanta en él una ancha y magestuosa plaza , accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas , y en su centro esconde un puente que da paso al caudalo-

so rio y sujeta sus márgenes : coloca sobre esta plaza un robusto panteon quadrado, con graciosa portada, y en su interior consagra el primero, y mas digno monumento á la memoria del gran Pelayo ; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el magestuoso templo de forma rotunda, con gracioso vestíbulo, y cúpula apoyada sobre columnas aisladas : le enriquece con un bellísimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del mas rico y elegante de los órdenes griegos.

Oh! que maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnífico objeto en medio de una escena tan hórrida y extraña! Dia

vendrá en que estos prodigios del arte y la naturaleza atraygan de nuevo allí la admiracion de los pueblos ; y en que, disfrazada en devocion la curiosidad , resucite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones y engendre una nueva especie de supersticion , ménos contraria á la ilustracion de nuestros venideros.

Pero á Rodriguez no le fué dado gozar de tan sabrosa consolacion. Condenado, como todos los grandes genios , á no gustar anticipadamente en sus dias los dulces premios de la posteridad iba caminando á su término siempre perseguido de la envidia y la desgracia. Varios estorbos retardaron el principio de esta obra

que era la primera en su estimacion por su grandeza y singularidad, y esta tardanza dió tiempo á la envidia para minar contra ella. Fué necesaria toda la proteccion, toda la constancia de un tribunal firme é ilustrado para acallar los clamores de la ignorancia conjurada en su ruina. ¿Quien lo creyera? Los mas obligados á promover su execucion fueron los primeros á resistirla. La paciencia mas templada, la moderacion mas reflexîva apénas bastan á contener el horror que inspiran los ruines manejos del interes personal, quando con máscara de zelo resiste el bien y se conjura contra los que le aman y promueven.

No, señores, yo no callaré es-

tas verdades cuya triste repeticion hace mas necesaria la corrupcion de nuestra edad, ni dexaré sin respuesta aquel grito general de acusacion tan livianamente pronunciado contra el mérito de Rodriguez, y que llenó su vida de tantas amarguras. La ruin economía le lanzó y la envidia le difundió por todas partes. Sí, señores, Rodriguez fué grande, fué magnífico, y si se quiere, fué dispendioso en sus ideas: pero fué lo que debia. Quando se erige sobre la tierra una morada á aquel Dios que no cabe en la inmensidad de los cielos: quando se quiere apoyar el esplendor de una corte, ó de una populosa ciudad en la magnificencia de sus edificios, ora estén

consagrados á la administracion pública , ora á la recreacion y soláz de los pueblos , ora en fin á su aseo, á su seguridad ó al alivio de sus miserias , el artista que temporizando con las ruines ideas de su siglo, les sacrifica la dignidad de su profesion y de los objetos que se le fian, solo dexará en pos de sí un rastro de ignominia que perpetúe en la posteridad la infamia de su nombre.

¿Y acaso estarán exceptuados de esta regla los edificios particulares? ¿No habrá alguna relacion entre ellos y las gerarquías del estado? ¿Por ventura ignoran los ricos hombres de Castilla que el lustre de su clase se alimenta de la opinion y

muere en la obscuridad de sus individuos? ¿Pues que? Despues de haber abandonado sus antiguos solares, venerables monumentos de la grandeza de sus mayores: despues de haber venido á confundir su esplendor en el océano de luz que inunda el solio, ¿no se atreverán á levantar en la corte una morada que los distinga de la muchedumbre, y que vincule el lustre de su cuna y el decoro de sus familias? ¡O tiempo venturoso para las artes, aquel en que los Toledos, los Bazanes, los Vargas, zelosos de conservar su heredado esplendor, y no contentos de haberle aumentado con heroycas hazañas sacrificaban una parte de su fortuna á la ereccion

de palacios magníficos, donde su nombre brilla todavía á par del de los artistas que emplearon!

Rodriguez no inferior á los que viviéron en tan dichosa edad observó constantemente sus máxîmas, y miéntras la envidia condenaba su profusion seguia tranquilamente tratando los objetos que se le encargaban con toda la dignidad que exîgia su decoro y el de sus dueños, y que era tan conforme á su mismo carácter.

Pero esta senda tan segura para llegar á la gloria no lo era ciertamente para subir á la fortuna. La envidia alzó el grito, y puestas de su parte la ruindad y la preocupacion estorbáron la execucion de sus

mejores obras. No importa: vendrá un tiempo en que la posteridad mas imparcial buscará entre el polvo sus diseños ansiosa de realizarlos, y le vengará de una vez de la injusticia de sus contemporáneos.

Entre tanto aquella injusticia le hubiera hecho muy infelíz, si como era grande en calidad de arquitecto para no merecerla, no lo fuese tambien como hombre para despreciarla. En esta parte su modestia era incomparable, y tanto mas digna de elogio quanto mas rara y mas difícil de reunir con la elevacion de ánimo que suponen los grandes talentos. Siempre perseguido ¿quien le oyó jamas una queja? Nunca bien recompensado, ¿quan-

do prorrumpió en el mas ligero desahogo? Cercado continuamente de envidiosos y malquerientes, ¿quando dió la mas pequeña señal de odio ó malevolencia? Parece que por hacer mas heroyco su sufrimiento se privaba hasta de aquellos justos desenfados con que tal vez el mérito ofendido deposita sus resentimientos en el seno de la consoladora amistad. No era Rodriguez insensible, no: pero su constancia, superior á su sensibilidad, le habia inspirado aquella alta firmeza que sabe sufrir y callar: don sublime de la filosofia que infundiendo el conocimiento de los hombres enseña al mismo tiempo á compadecer sus flaquezas y á despreciar sus injusticias.

Tanta constancia , tan admirable modestia no podian quedar sin premio , y si el cielo no recompensó á Rodriguez con aquellos dones de fortuna en torno de los quales giran tan oficiosas de continuo la ambicion y la codicia le dió á lo ménos en la estimacion de sus amigos un bien mas abundante , mas digno de su alma y mas apetecido de ella.

Si yo tratase de formar aquí el catálogo de las personas que honráron á Rodriguez con su amistad y con su aprecio, ¡que nombres tan augustos y respetables no pudiera pronunciar en este instante! [16] Pero la posteridad no los ignorará : ellos pasarán hasta las últimas generacio-

nes con las obras célebres que le confiaron, y que serán otros tantos monumentos de su zelo y buen gusto.

Uno solo indicaré, que no me permiten pasar en silencio la notoria amistad y proteccion constante con que distinguió á Rodriguez. Hablo de aquel sabio ciudadano que hoy ocupa tan dignamente la primera silla de la Magistratura: de aquel insigne patriota, que no contento con haber señalado su zelo y sabiduría en una serie jamas interrumpida de útiles y gloriosos trabajos, se afanó siempre por acercar á sí los mayores talentos de su tiempo para empeñarlos en el bien de la nacion. Su casa abierta

siempre á la aplicacion y al mérito parecia la morada propia del ingenio, y qualquiera que debia á la Providencia este don celestial estaba seguro de ser en ella acogido, apreciado y distinguido. Lemaur, el mas sabio de nuestros ingenieros: Mengs, el primer pintor de la tierra: Castro, á quien tanto debió la Escultura española: Rodriguez, el restaurador de nuestra Arquitectura se viéron asiduamente en aquel pequeño círculo donde la ciencia y la virtud, únicos títulos de entrada, igualaban á los concurrentes y hacian de la conversacion ordinaria un teatro de erudicion y una escuela de la mas útil y provechosa doctrina.

Aquí fué donde yo noté muchas veces aquella admirable reunion de modestia y de sabiduría que tanto realzaban el mérito de Rodriguez. Vosotros, señores, la visteis brillar tambien en este santuario del patriotismo [17], á cuya ereccion concurrió, y donde le atraxéron su virtud y su zeló por el bien público. Grave y sencillo en su porte, urbano y afable en su trato, instruido y comunicable en sus conversaciones, distaba tanto de aquel fausto científico con que algunos hombres inflados con el ayre de la alabanza pretenden fundar su gloria sobre el desprecio de los demas, como de cierta charlatanería insolente que decidiendo sobe-

ranamente de todo aspira á arrebatar el aprecio debido solo á la Sabiduría.

Tan incapaz de envidia como de presuncion, ni buscaba alabanzas, contento con merecerlas, ni se afligia del talento ageno siempre ansioso de comunicar el propio. Enseñar, dirigir, comunicar sus conocimientos, en una palabra, formar buenos y aprovechados discípulos, he aquí el primer objeto de su ambicion. Su zelo, su mansedumbre, su paciencia, su desinterés eran en este punto admirables; y miéntras otros artistas huyendo de la publicidad seguian entre cerrojos sus estériles estudios, condenados á morir sin sucesores de su doctrina, y se-

mejantes á ciertos curanderos á quienes ninguna razon de humanidad ó decoro obliga á descubrir el específico que sirve de hypoteca á su codicia, Rodriguez se afanaba por comunicar todos sus conocimientos y depositarlos en una porcion de sobresalientes jóvenes que hoy hace tanto honor á su nombre, y que trabaja tan ardientemente por igualarle en reputacion.

Tal era, señores, el carácter del compañero que hemos perdido, tan digno de nuestra ternura en calidad de artista como en razon de ciudadano, y tan respetable por sus talentos como por sus virtudes. Vosotros habeis visto quan dignamente llenó en su vida las obliga-

ciones de ambos títulos, y si algo resta aun para captar vuestra admiracion, venid, vedle y observadle en sus últimos dias.

Muchos años habia llevado sobre su semblante el anuncio de su destruccion en uno de aquellos síntomas funestísimos que al principio fixan apénas la atencion de quien los padece, y fortificados despues con el tiempo causan infaliblemente su estrago. Pero, sin que un riesgo tan vecino y formidable turbase su aplicacion, Rodriguez no cedió un punto del ardor con que se daba al estudio y al trabajo. Apoderado el mal de sus fuerzas sufrió con admirable constancia las mas crueles operaciones de la Cirujía, dando al mismo tiem-

po á los cuidados de su profesion todos los instantes que le dexaba libres el de su vida. Madrid disfruta en el dia una muy sencilla y graciosa portada [18] que diseñó en la víspera misma de su muerte. Aquí es, en esta situacion triste y dolorosa, aquí es donde el hombre presenta á sus iguales un espectáculo bien digno de su contemplacion: la paciencia en medio de los mas agudos dolores, y la serenidad en la mayor tribulacion. Este, este es el mas ilustre, el mas heroyco triunfo de la virtud. ¿Puede acaso proponer la humana filosofia un objeto mas augusto, mas digno de admiracion y de alabanza? Ah! no señores: la autoridad, la riqueza, los talentos, lo

que se llama sabiduría no son poderosos de inspirar á los mortales esta tranquilidad , fruto precioso de una vida irreprehensible , y testimonio de una conciencia pura y nunca alterada por el remordimiento.

Tal era la situacion de nuestro socio el 26 de Agosto de 1785 : de aquel año funestísimo para la Arquitectura española en que la muerte, despues de haber arrebatado violentamente de nuestra vista al ilustre D. Cárlos Lemaur , y miéntras preparaba otro golpe para llevarse tambien al sabio D. Julian Sanchez Bort , puso término á los dolores y á los dias de D. Ventura Rodriguez , que acababa de cumplir los sesenta y ocho años de su edad [19].

Ah ! si la envidia que tanto persi-

guió en su vida á este célebre artista, oyere mal aun despues de su muerte el débil obsequio que hoy consagro á vuestro respeto y su memoria , por lo ménos me quedará el consuelo de haber desempeñado dos grandes obligaciones, la de pagar en vuestro nombre el tributo debido á la virtud y al mérito, y la de vengar á un ciudadano que los reunió de la injusticia de sus coetáneos. ¡Ojalá que este pequeño monumento que hoy levanta mi amistad á su reputacion una para siempre mi nombre con el suyo! ¡Y ojalá que trasladándolos juntos á la mas remota posteridad los haga sobrevivir en ella á los edificios perdurables en que Rodriguez dexó vinculada la admiracion y la gratitud de los venideros [20]!

NOTAS AL ELOGIO DE D. VENTURA RODRIGUEZ.

ADVERTENCIA.

Hubiéramos querido excusar estas notas, pero nos ha parecido que la materia del precedente elogio las necesitaba, principalmente en la parte que dice relacion á la historia de nuestra arquitectura. Temiamos escandalizar á algunos lectores con varias opiniones que solo pudieron indicarse en el discurso, y que explicadas aquí parecerán acaso bien fundadas. Esta por lo ménos es la razon que tuvimos para comentar nuestro texto. Si el comun de los lectores no se satisface con ella, puede ser que los artistas y aficionados dén á nuestras reflexîones algun aprecio, y entónces no habremos perdido el tiempo, ni el trabajo.

I.

D. Ventura Rodriguez fué hijo de D. An-

tonio Rodriguez , profesor de arquitectura, vecino de la Villa de Cienpozuelos, y de una de las mas antiguas y conocidas familias de aquel pueblo , como mostrará muy bien la siguiente noticia de su ascendencia:

VISABUELOS.

Don Marcos Rodriguez y Doña Catalina Salinero.

ABUELOS.

Don Joseph Rodriguez y Doña Micaela Pantoja.

PADRES.

Don Antonio Rodriguez y Doña Gerónima Tizon.

Don Ventura Rodriguez.

II.

El Abate D. Felipe Iuvarra presbítero y abad de Selva habia nacido en Mesina en 1685 y estudiado la arquitectura en Roma con el caballero Cárlos Fontana , célebre en aquella capital , baxo los pontificados de Inocencio XII. y Clemente XI. Restituido á su patria ganó allí mucha reputacion , la que aumentó en Turin , nombrado primer arqui-

tecto de aquel Soberano, y completó despues en otras capitales de Europa. Segun el Marques Maffei el palacio de Estopinigi destinado para la diversion y caza del mismo Príncipe es la mas bella de sus obras : pues sin defectos, ni extravagancias se hace tan recomendable por la sabiduría y buen gusto con que Iuvarra observó en ella los principios del arte y los buenos documentos de la antigüedad, como por la conveniencia de cada una de las partes con su destino.

El autor de las vidas de los arquitectos (*) rebaxa algun tanto este elogio, tachando á Iuvarra de poco amante de la sencillez, unidad y correccion. Algo me parece que peca contra estas dotes el modelo que conservamos suyo, y de que se hablará despues : pero este mismo modelo justifica muy bien que la censura del biógrafo no fué ménos severa con Iuvarra que con otros célebres arquitectos, cuyo mérito disminuye con demasiada afectacion.

D. Ventura Rodriguez elegido por Iuvarra

(*) Francesco Milizia. memor. degli archit. antiq. é modern. tom. 2. art. Ivar a.

con la ocasion que luego referirémos, trabajó á su lado desde que llegó á Madrid hasta su muerte, fué de él singularmente estimado, recibió con grande aplicacion sus lecciones, y le veneró siempre como á su maestro, confesando que le debia lo mejor que sabia de su arte, y conservándole la mas grata y tierna memoria.

III.

Habiéndose reducido á cenizas en 1734 el antiguo alcázar de Madrid, y venido Iuvarra á edificar un nuevo palacio, se preparó para dexar en esta obra el mejor monumento de su pericia. Dotado de gran genio, de mucha doctrina y de largas experiencias, y animado por la grandeza misma de la empresa que se le propuso concibió un plan magnífico, que no solo comprehendia las habitaciones de ceremonia y uso ordinario para la real Persona y familia, servidumbre, secretarías del despacho, oficinas y cuerpos de guardia, sino tambien iglesia patriarcal, consejos, biblioteca y otros muchos objetos importantes.

Como para tan vasta obra fuese muy reducido el espacio que ocupára el antiguo alcázar,

Iuvarra, cuyo espíritu se ceñía dificilmente á límites estrechos, eligió para su plan un sitio capaz de abrazar tantos objetos. En conseqüencia proyectó el nuevo palacio sobre el terreno que se extiende fuera de la puerta de los Pozos, entre las de santa Bárbara y S. Bernardino: sitio bien ventilado, de sana y agradable exposicion, y donde ademas del principal edificio podia disponer parque, jardines, bosque y quantas obras adyacentes conviniesen á la comodidad, y al gusto de las altas personas que debian ocuparle.

Dispuesta la traza, se mandó á Iuvarra executarla en modelo, lo que empezó á verificar inmediatamente trabajando en esta obra con la mayor aplicacion y esmero, y siempre ayudado de D. Ventura Rodriguez que tuvo gran parte en la empresa, como despues veremos.

Pero tal es la suerte de las artes, y tal la desgracia de los hombres de mérito dados á su exercicio que rara vez se pueden combinar sus ideas con las de aquellos que los emplean. La corte no quiso conformarse con esta traslacion, exîgió que el nuevo palacio se idease sobre el

mismo terreno que ocupára el antiguo, y Iuvarra murió con el desconsuelo de saber que su plan no seria executado.

IV.

La muerte de Iuvarra se verificó en 31 de Enero de 1736, y no en 1735, como equivocadamente supone el citado autor de las vidas de los arquitectos. Para comprobar este hecho con un documento irrefragable publicamos la adjunta partida de entierro que hemos reconocido y sacado de los libros parroquiales de san Martin de esta corte. Dice así:

„Certifico yo Fr. Antonio Calonge, te-
„niente mayor de cura de la iglesia parro-
„quial de san Martin de Madrid, que en uno
„de los libros de difuntos de dicha iglesia, al
„folio 272 hay una partida del tenor siguiente:

„*D. Felipe Iuvarra presbítero y natural de*
„*Mecina, reyno de Sicilia, abad y arquitecto*
„*mayor de S. M. parroquiano de esta iglesia,*
„*calle ancha de san Bernardo, casas del concurso*
„*de D. Juan de las Peñas, habiendo recibido los*
„*santos sacramentos, murió abintestato en el*
„*dia* 31 *de Enero de* 1736 *años, el que se pre-*

»vino de órden del ilustrísimo señor obispo de »Málaga, gobernador del Consejo, por el señor »alcalde D. Gabriel de Roxas y Loyola; y por »testimonio que dió Diego Cecilio de Aguilar, »escribano real y oficial de la sala de señores »alcaldes, y de las reales caballerizas de la »Reyna nuestra señora, su fecha dicho dia, mes »y año consta todo lo referido; y con licencia del »señor teniente vicario se enterró de secreto »en san Martin en la bóveda del santísimo Chris»to de los milagros, en nicho: pagó de rompimien»to á su fábrica diez y seis reales.

»Concuerda con su original á que me re»mito. San Martin de Madrid y Febrero 11 »de 1788. Fr. Antonio Calonge.

Aunque despues de la muerte de Iuvarra se encargó á D. Juan Bautista Saccheti el proyecto del nuevo palacio que hoy exîste, no por eso se dexó de mirar con aprecio el primer modelo, de que Saccheti se aprovechó en quanto pudo, y cuya continuacion y conclusion se fió á D. Ventura Rodriguez. Consérvase este precioso monumento en uno de los quartos del callejon que va desde la baxada de palacio al jardin de la Priora, donde se enseña todavía

á los curiosos, y se observa con admiracion y deleyte por los profesores y amantes de las artes.

D. Manuel Martin Rodriguez, sobrino y heredero de D. Ventura conserva ademas de un buen retrato de Iuvarra dos dibuxos originales de su mano, que representan dos vistas del Capitolio, hechas de aguadas y en una manera tan libre y graciosa que prueban bien el superior gusto y destreza con que aquel insigne artista manejaba la pluma. Las firmas que se leen en ambos dicen así: *Veduta »del Campidoglio di Roma, come al presente si »trova, disegnata da me n' el di* 26 *de Marzo* 1709 Filipp. Iuvarra arquitteto.

Los aficionados á la historia de nuestras artes no podrán desaprobar que nos hayamos detenido á ilustrar las memorias de un artista que pertenece á ella, y que por haber sido maestro de D. Ventura Rodriguez merecia un distinguido lugar en estas notas.

V.

Por decreto del Señor D. Felipe V. á consulta de la junta de obras y bosques de 28 de

Abril de 1741 habia sido nombrado D. Ventura Rodriguez para una plaza de arquitecto aparejador del real palacio, de que se le libró cédula en 18 de Junio del mismo año. Ya en este tiempo D. Domingo Olivieri, primer escultor de S. M. pensaba erigir en Madrid una escuela de las artes, y para ello contaba con Rodriguez. Hecha la proposicion formal tardó poco en autorizarse la junta preparatoria en que tuvo su cuna nuestra real academia de S. Fernando, como se podrá ver mas á la larga en el quaderno de sus actas, publicado en 1781 á la pág. 91. Los extrangeros Saccheti, Pavia y Carlier destinados á la enseñanza de la arquitectura no pudieron desempeñar este encargo por varias causas de ausencia, enfermedad y ocupaciones. Rodriguez empezó supliendo por ellos, y acabó subrogándolos del todo en esta honrosa tarea.

Entre las obras que trabajó entónces parecieron singularmente estimables la idea y planos de un magnífico templo, que enviados á Roma y reconocidos por la academia de san Lucas merecieron la aprobacion y el aplauso de aquel cuerpo, que acordó en conseqüencia

distinguir á Rodriguez con el diploma de académico de mérito y justicia en 1747.

Posteriormente, atendiendo el señor D. Fernando el VI. á la distincion que Rodriguez habia merecido de los artistas de Roma: á los progresos que habia hecho en el estudio de las matemáticas: á sus servicios en la obra del palacio nuevo; y al fruto de su enseñanza en la academia de san Fernando, le nombró arquitecto delineador mayor del mismo real palacio, de que se le expidió título en 5 de Marzo de 1749.

VI.

Miéntras algun sabio arquitecto, analizando las ruinas de los monumentos romanos, y los edificios de la media y última edad que exîsten en España, se aplica á formar la historia de la arquitectura española, no podrán ser desagradables á sus profesores y aficionados las noticias que tengo recogidas acerca de sus orígenes. Pero lejos de aspirar por este medio á la opinion de inteligente en tan difícil arte, mi objeto no es otro que presentar á los que lo son las reflexîones que la observacion y el estudio me han sugerido; para que exâ-

minándolas á la luz de los buenos principios hallen ménos que vencer en una empresa que les pertenece, y que es por cierto digna de su aplicacion y zelo.

Es ocioso subir á épocas anteriores á la dominacion romana, de las quales no exîste ya monumento, ni vestigio alguno de cierta fe. Pero que durante ella se llenó España de grandes edificios, es una verdad que puede sentarse como demostrada por la evidencia, conservándose todavía sus ruinas, y insignes restos en varias de nuestras Provincias.

La suerte que sufrió despues la arquitectura en España, fué sin duda la misma que en el resto del imperio, porque las causas de su decadencia fueron unas, comunes, y de general influencia. Pertenece por lo mismo á España quanto se diga de la historia general del arte en esta primera época.

Los Romanos adoptaron la arquitectura de los Griegos, la cultivaron en el tiempo de su mayor gloria, y aun la aumentaron con dos órdenes: sin que nos atrevamos á decidir si con esto la perfeccionaron, ó corrompieron. Pero ello es, que quien lea con cuidado á

Vitruvio hallará que ya baxo el imperio de Augusto habia entre los arquitectos de Roma abusos muy dignos de la censura de aquel sabio profesor, y que empezaba ya el capricho de los artistas á olvidar los principios del arte.

Lo que Plinio indica en varios lugares de su H.N. acerca del estado de las artes en tiempo de Vespasiano, y lo que dice particularmente del gusto dominante en Roma en quanto al adorno interior de las casas, no dexa dudar que las nobles y sencillas formas del antiguo ornato estaban ya harto olvidadas. ¿Y quien podrá negar que desde entónces fué siempre á mas la corrupcion en aquel siglo y los dos que siguieron?

Constantino, trasladando la silla del imperio á la ciudad que honró con su nombre, alejó los artistas de Roma y de los grandes monumentos con que estaba decorada aquella capital del mundo; porque los arquitectos insignes que solo pueden residir y trabajar en las ciudades populosas, centro de la riqueza de los estados, y teatro de la primera de las artes, debieron trasladarse entónces á la nueva corte. Olvidados pues los buenos princi-

pios, y léjos de los grandes modelos, todo debió ir de mal en peor.

No importa que los arquitectos se hubiesen acercado mas á los bellos monumentos de la Grecia, porque las guerras que habian precedido á la conquista de este sabio país: los robos que hicieron en él, para hermosear á Roma, los Magistrados y Príncipes aficionados á las artes; y sobre todo mas de tres siglos de esclavitud que habian corrido ya entónces hicieron en ellos grandes estragos: singularmente en el último tiempo, en que las ciencias y el buen gusto habian caido en tan miserable estado.

Díganlo los monumentos del siglo IV. y entre ellos la famosa iglesia de S. Sofia (1):

(1) La época de la primitiva construccion de la iglesia de S. Sofia, consta de la historia tripartita lib. 4. cap. 18. donde Sócrates, hablando del Emperador Constancio, dice. „*Hoc tempore Imperator majorem ecclesiam fabricabat,* „*quæ nuuc Sophia vocitatur, et est copulata ecclesiæ, quæ* „*dicitur Irene, quam pater Imperatoris, cum esset prius* „*modica, ad pulchritudinem magnitudinemque perduxerat* „*quæ modo velut sub uno circuitu contineri noscuntur*; y al capit. 39. del lib. 5. dice el mismo Sócrates. „*Eudo-* „*xio porrò constituto Constantinopoli, tunc etiam major:*

si es que la que hoy exîste conserva su forma primitiva, como creen muchos á pesar de las grandes reparaciones que sufrió, y singularmente de la que habla Felibien en tiempo de Basilio el Macedon (*).

Sin embargo no puede negarse que en la Europa y el Asia quedaban aun insignes monumentos del buen tiempo, que hubieran durado muchos siglos si una pronta y general revolucion no los hiciese desaparecer de la sobrehaz de la tierra.

Colocado el cristianismo en el trono se abrió una guerra funesta y general contra las artes; y la arquitectura, la mas pagana de todas, si así decirse puede, sufrió mas que otra alguna sus estragos. Para comprender hasta donde pudo extenderlos el zelo religioso, permítasenos hacer sobre este punto algunas observaciones.

La supersticion gentílica habia mezclado

„*ecclesia*, *quæ dicitur Sophia*, *dedicatur Consulatu Cons-*
„*tantii*, *et Juliani Cæsaris tertio*, *quinta decima die Fe-*
„*bruarii mensis.*

(*) Recueil de la Vie et les oeuvrag. des plus celebr. Archit. tom. 5.

las ceremonias y símbolos de su culto á todos los establecimientos públicos, y á todas las ocupaciones de la vida privada. Las entradas y salidas de año, sus varias estaciones, las temporadas de siembra, siega y vendimia, los meses, los dias de la semana estaban consagrados á alguna divinidad. Los comicios y juntas públicas, los exercicios del foro, las ferias y mercados, los juegos y espectáculos se regulaban por el ceremonial religioso. Habia por todas partes templos, aras, altares, y á todas horas, sacrificios, lustraciones, expiaciones y agüeros: pudiendo asegurarse que ningun instante, ni lugar dexaba de estar consagrado á los dioses. Estos se habian multiplicado hasta un número increible, porque Roma habia tomado los de los pueblos vencidos, y ademas habia divinizado los entes puramente metafísicos, como la paz, la victoria, la salud, la constancia, el temor, consagrando á cada uno su culto peculiar. Se veian ídolos y simulacros, no solo en los templos, plazas, calles y plazuelas: en los teatros, anfiteatros, circos y basílicas; sino tambien en las casas particulares, donde los

penates, lares y dioses caseros se tropezaban desde el umbral hasta en los últimos retretes. Ni los campos estaban libres de esta inundacion, puesto que ademas de los fanos, sacelos, lucos, ó bosques sagrados, sepulcros y otros lugares religiosos, habia dioses rústicos en los caminos, veredas y encrucixadas, en las lindes y cercas de las heredades, y hasta en los huertos y cortinales, sirviendo de términos y mojoneras, y alguna vez de espantajos.

Luego que la religion verdadera se hubo sentado en el trono imperial empezó á desaparecer esta plaga de ridículos dioses, perseguida acá y allá por las leyes y edictos imperiales, y por el zelo de los magistrados públicos, como atestigua la historia de aquel tiempo, y se podrá ver en los comentarios de Gotofredo al Código Theodosiano, particularmente al título de *Paganis*, *sacrificiis*, *et templis*.

Nadie duda que Constantino, aunque algo tolerante con la supersticion gentílica, mandó cerrar los templos, cesar los oráculos, suspender los sacrificios, derribar las aras y proscribir todo culto público y doméstico. No es-

tá tan generalmente reconocido que procediese tambien á derribar los templos: pero contestando este hecho Orosio, S. Gerónimo, Eunapio (2) y Libanio, seria temeridad desecharle de la historia de aquel tiempo.

Sus hijos Constancio y Constante siguieron sus pisadas, derribando los ídolos, aras y templos, y conservando solo alguno de estos fuera de Roma. Libanio se queja amargamente del primero, porque abatió gran número de templos, y profanó otros muchos, dándolos á palaciegos y rameras. La prohibicion de los sacrificios nocturnos, y el castigo de los adoradores de simulacros, aumentado hasta la pena capital no prueban ménos el zelo religioso del segundo.

Aunque Juliano hizo despues algunos esfuerzos para restablecer la idolatría, y aun el judaismo: aunque Joviano cedió algun tiempo á las circunstancias; y aunque Va-

(2) In vita Ædesii pag. 36. *Fieri namque potest ut istud occultum habuerit Ædesius, ob temporum iniquitatem, quod tunc Constantinus Imperium regeret, qui fana toto orbe celebratissima evertebat, et Christianorum ædificia extruebat.*

lentiniano, Valente y Graciano establecieron la tolerancia civil y la libertad de conciencia, consta en Teodoreto que el segundo prohibió el culto gentílico, y el tercero y el quarto aplicaron al fisco todos los bienes de los templos, y la dotacion del culto y sacerdocio en oriente y occidente.

Teodosio restableció los antiguos edictos contra la idolatría, y derribó muchos templos, segun Libanio, que deplora muy tristemente esta persecucion, hablando de uno que era famosísimo en Persia. Estos exemplos bastan para probar quanto debieron sufrir en esta guerra sagrada, no solo los templos y aras, sino tambien los teatros, circos, Basílicas y otros edificios públicos, ó dedicados inmediatamente al culto, ó llenos de simulacros, ó destinados á objetos que perecieron ó cayeron en desprecio con la idolatría.

Si á esto se agrega el afan con que desde entónces algunos emperadores se dieron á aprovechar los restos de los templos paganos para las nuevas iglesias, y aun para el adorno de sus palacios, y otros edificios ¿quien dudará que el siglo IV. fué el mas funesto de

todos para las antiguas artes?

Puédese juzgar por lo dicho de lo que sucedería en España, donde el christianismo predicado y abrazado desde el primer siglo hizo cada dia mayores progresos. ¿Que monumentos pudieron conservarse en ella de un culto tan desfavorecido y despreciado en toda su extension? Reconozcamos, pues, una época en que nuestra arquitectura perdió sus mas bellos modelos, y en que olvidados por otra parte los buenos principios, debió ser cada dia mayor y mas general su decadencia.

VII.

La época de la dominacion de los Septentrionales no tiene arquitectura propia. Estos pueblos no la conocian en el pais de su orígen, donde la construccion de groseros y humildes edificios nunca mereció el nombre de arte. Quando despues establecieron nuevas Monarquías en las regiones del oriente y medio dia, ya habian adoptado la religion, los usos y costumbres del imperio á quien antes sirviéron como estipendiarios y aliados: bien que sin sacudir del todo su antigua rudeza, ni admitir

mas cultura que aquella de que eran capaces unos hombres groseros, cuya única ocupacion era la guerra, y cuyos entretenimientos se cifraban siempre en el exercicio de las armas.

No era ciertamente su carácter feroz y asolador como ordinariamente se pinta. Si en sus primeras irrupciones mataron y destruyeron ¿que pueblo conquistador de la antigüedad no señaló del mismo modo sus victorias? Era tambien natural que los pueblos afeminados y cultos que invadieron y dominaron encareciesen sobre manera la idea de sus estragos, y diesen á su vigor y rudeza el nombre de ferocidad y barbarie. Esta sin duda es la causa del terror y espanto con que hablan de ellos los historiadores coetáneos, que despues copiaron sin discernimiento los modernos.

Pero si consideramos á los Godos reducidos ya al sosiego y artes de la paz ¿que otro pueblo de aquella época ofrece mayores exemplos de humanidad y templanza? Quando la historia misma no testificase estas virtudes ¿quien de los que han exâminado y conocen su legislacion, no las verá brillar en me-

dio de su sencillez é ignorancia?

Sea como fuere, sin poder presentarlos como aficionados, ni protectores de las artes, pretendemos que no se les debe mirar como sus perseguidores. Si acaso destruyeron algunos de sus monumentos consagrados á la idolatría, atribúyase esto á zelo de religion, y no á odio de ellas. Alguna vez los vemos estimarlas y protegerlas, y quando faltasen otros testimonios, los que dexó el gran Teodorico consignados en las obras de Casiodoro, y otros de que hace memoria Felibien, (*) son harto ilustres y suficientes para salvarlos de la nota de destructores de las artes: nota, que á nuestro juicio se achaca á los padres de la moderna Europa, con tanta injusticia, como otras de que algun dia los librarán la sana crítica, y la imparcial filosofia.

Sin embargo estamos muy léjos de pretender que las artes hubiesen prosperado baxo su dominacion: por el contrario hemos asegurado que la arquitectura perdió en ella hasta el nombre. Abandonado enteramente su or-

(1) Tom. 5. lib. 3.

nato , olvidadas todas las ideas de proporcion , gusto y comodidad , y reducida , como dice Felibien , al exercicio de hacer mezclas y levantar paredes , sus profesores no fueron ya , ni se llamaron arquitectos , sino albañiles , á que se dió el nombre de *structores parietarii* , que nosotros traduximos en *alarifes*.

Es muy dudoso que exîsta hoy algun monumento de su tiempo. Las iglesias y otros edificios que mandaron levantar , reparados , ó engrandecidos despues , ó reedificados enteramente , nada conservan de su forma primitiva. Por eso hemos dicho que su dominacion formaba una época del todo vacía en la historia de la arquitectura.

VIII.

Los Arabes del tiempo de Mahoma no eran menos rudos y bárbaros que los primeros pueblos que pasaron el Rhin , y desde luego se puede asegurar que fueron mas destructores. Una razon , no bien considerada hasta ahora, hizo que sus conquistas fuesen mas funestas á las artes que las que habian precedido , y fué , que queriendo Mahoma levantar su sec-

ta sobre la ruina del christianísmo, el judaismo y la idolatría, que dividian entónces el oriente, trató de inspirar á sus pueblos un horror igual á estos cultos: sistema que no se descubre ménos en sus dogmas y leyes que en su conducta civil y militar. De aquí provino aquel furor con que sus tropas se dieron á arruinar quantos monumentos de arquitectura, pintura y escultura se les presentaban, singularmente si estaban dedicados al culto, qualquiera que fuese; y á esto no ayudó poco la prohibicion de esculpir, ó imitar cuerpos animados que de las leyes judaicas fué trasladada al Alcorán. Púedese inferir de aquí si las iglesias, templos y sinagogas serian exceptuadas en la general devastacion de las conquistas mahometanas.

Por lo que toca á España y artes españolas está llena nuestra historia de testimonios que acreditan hasta que punto fueron perseguidas y desoladas por estos feroces pueblos: pero entre todos se distingue el del Arzobispo D. Rodrigo que vale por muchos. Al capítulo 21 del libr. 3. de su Historia de España se explica así: *Et captæ fuerunt om-*

nes Hispaniæ civitates , et manibus diripientium sunt subversæ. Y mas claramente al capítulo 24. dice : *Conticuit religio sacerdotum.... Adeo enim pestis invaluit quod in tota Hispania non remansit civitas cathedralis, quæ non fuerit aut incensa , aut diruta.*

Varios lugares de la Historia de los Arabes escrita por el mismo prelado confirman esta opinion, y señaladamente el capítulo 14, donde contando la desolacion de varias iglesias y pueblos de Francia , que incendió y arruinó Abderramen, quando iba en seguimiento del célebre Duque Eudon , dice así : *Oppida et ecclesias devastando, et igne continuo consumendo , et Turonis civitatem, et ecclesiam et palatia vastatione , et incendio simili diruit et consumpsit.*

Debemos sin embargo prevenir que hablamos de los Arabes del **I.** y aun del **II.** siglo de la Egira , porque despues , léjos de presentarse en la historia , como enemigos de las artes , aparecen ya en ella deseosos de protegerlas , empiezan á exercitarlas por sí mismos , y crian una propia y peculiar arquitectura , de que luego tendrémos

ocasion de hablar. Pero la época de su cultura no debe confundirse con la de sus cónquistas, mas señaladas con testimonios de ignorancia y ferocidad, que con exemplos de humanidad y buen gusto.

Debemos deducir de lo dicho, que si algo bueno dexaron los Godos en España del tiempo de su dominacion, todo pereció al furor de los Arabes, y si algo se salvó todavía de los monumentos romanos, aunque mas antiguos, esto se deberia á su grandeza y á su inutilidad. Por eso hemos señalado la época que corre desde la entrada de los Godos en España hasta el establecimiento de los Arabes en ella, como enteramente vacía para la historia de la arquitectura española.

Nada dirémos de la cruelísima guerra que los Iconoclastas hicieron por este tiempo á las artes, porque en ella fué preservada la arquitectura: pero ¿quanto daño no le habria resultado de los estragos hechos en la escultura y la pintura: artes que sobre ser tan necesarias al ornato arquitectónico, eran las que en la imitacion del cuerpo humano conservaban el modelo de toda propor-

cion, y el typo de toda belleza?

IX.

Los que han tratado de fixar las épocas de la arquitectura miran tambien como vacío para la historia del arte aquel período de tiempo que corrió, desde la ruina de las Monarquias fundadas por los Septentrionales hasta la introduccion del gusto, que hoy llamamos *gótico*, ó *tudesco*. Pero nosotros creemos, que el modo de edificar, exercitado en España desde la entrada de los Arabes hasta el siglo XIII. teniendo un carácter peculiar y señalado, debe tambien formar una época en la historia de nuestra propia arquitectura. Esta época comprehende quatro siglos y medio, poco mas ó menos: esto es, desde los principios del VIII. hasta los fines del XII. y á ella pertenecen dos especies de arquitectura, una, la verdadera y propiamente *arabesca* de que hablarémos algo en la nota siguiente, y otra, que yo llamaria con mucho gusto, y no sin buena razon *arquitectura asturiana*, por el país, en que principalmente se usó, y de la qual darémos aquí alguna noticia.

Son ciertamente raros y poco célebres los edificios pertenecientes á esta época. En ella la construccion, aunque harto grosera y maciza, no por eso resultaba sólida: pues no basta acumular materiales para hacer edificios firmes, si los principios científicos no distribuyen el peso y fuerzas de cada parte de la obra, segun el oficio y destino que tienen en el todo. Fuera de esto, los edificios de aquel tiempo eran humildes y ruines, digan lo que quieran sus encomiadores: estaban todos cubiertos de madera, porque se ignoraba el arte de hacer bóvedas: y de aquí resultaba, no solo la facilidad de incendiarse, sino tambien la de desplomarse freqüentemente los techos, correrse las aguas, recalarse las paredes, y llegar mas prontamente al término que la condicion perecedera de las cosas humanas tiene señalado á las de esta especie.

Sin embargo Asturias conserva todavía algunos edificios muy preciosos de esta época, que bastan para calificar el gusto dominante en ella. La iglesia del monasterio de Villanueva del tiempo de Alfonso el Católico: la

Cámara santa de Oviedo del de Alfonso el Casto : las de S. Miguel y S. María de Naranco del de Ramiro I. : la pequeña del monasterio de Valde Dios, llamada la iglesia vieja del de Alfonso el Magno : las parroquiales de Villamayor , de Villar-Doveyo, de Amandi , de Avamia , de Deva , de Trevias y otras , de incierto tiempo , pero sin duda anteriores al siglo XII. ofrecen á los amantes y profesores de arquitectura una curiosa coleccion de monumentos , por la mayor parte de entera y perfecta conservacion, que no se hallarán en otro pais alguno , y que señalan exâctamente el estado del arte de edificar en este largo período. ¡Ojalá que nuestros profesores antes de pasar los Alpes en busca de los grandes monumentos con que el genio de la arquitectura enriqueció la Italia , buscasen al pie de los *Montes de Europa* estos humildes, pero preciosos edificios , que atestiguan todavía la sencillez, y sólida piedad de nuestros padres!

Entretanto no me propasaré yo á analizarlos , pues aunque los reconocí muchas veces , nunca he tenido el tiempo , ni

la pericia necesarios para una operacion tan prolixa y delicada. Pero sí diré, que el carácter que les doy en mi discurso se descubre constantemente en todos. Pequeños en extremo: de escaso y grosero ornato: mas macizos que firmes y mas pesados que sólidos; si por una parte indican la ignorancia de sus artífices, por otra prueban mas claramente la pobreza de aquellos tiempos, en que desconocidos del todo la industria y el comercio, y ocupada la Nacion en la guerra, el pueblo solariego, agricultor y guerrero á un mismo tiempo, y obligado ademas á sustentar al Rey y á los Señores, hacia bastante con extender los productos de su trabajo al *puro necesario* para llenar estos objetos. No habia pues sobrantes, esto es, riqueza: no habia luxo: no habia bellas artes: ¿como pues podia haber cosa que mereciese llevar dignamente el nombre de arquitectura?

Pero una observacion muy curiosa ofrecen algunos de estos monumentos, y es, que aunque en ellos se descubren todavía los tipos y miembros del antiguo ornato *toscano*, bien que bastante alterados en sus formas y

módulos, alguna vez presentan tal qual rasgo del gusto y ornato *arabesco*, como se ve en la Cámara santa de Oviedo, y en los trepados de las ventanas exteriores de la iglesia de S. Miguel de Lino, que son del siglo IX; y acaso vendrán del mismo orígen los capiteles labrados con caprichos de escultura, como los de la iglesia de Villanueva y otros. Mas no por eso calificaré yo esta arquitectura de *arabesca*, no solo porque la que hoy lleva este nombre no nació hasta los fines del siglo VIII. ó principios del IX., sino porque nada hay mas distante que el carácter de esta, y de la que llamamos *asturiana*. No obstante congeturamos que, consistiendo entónces la mayor riqueza de las iglesias y señores en esclavos moros ganados en la guerra, pudo muy bien haber entre ellos algunos arquitectos, así como ciertamente habia algunos orfébres y plateros de este orígen; los quales verosimilmente ayudaron á los artífices asturianos, inspirándoles tal qual idea del gusto oriental acerca del ornato, que ya empezaba á prevalecer entre los suyos. Por lo menos no hallamos otro modo de

señalar el orígen de este gusto arabesco que se descubre en algunas de las obras de arquitectos asturianos. Tales son, por exemplo, las que construyó Tioda, que vivió y trabajó en tiempo de Alfonso el Casto, y á quien no se puede tener por moro, ni por esclavo, porque ni lo sufre la analogía de su nombre, ni ménos la distincion y calidad de su persona, que se lee firmando los privilegios reales á la par de los obispos, y de los oficiales del palacio (*).

Bien conocemos que esta arquitectura no se contendria dentro de los límites de Asturias por el largo espacio de tiempo que comprehendemos en su época. Ella sirvió sin duda para todas las poblaciones, y establecimientos hechos por los reyes de Asturias de la parte de acá de los montes; y mucho mas despues que trasladada la corte á Leon á principios del siglo X. fué mas rápida la poblacion de aquel reyno, y el de Castilla. Sin embargo congeturámos que hasta des-

(*) Ambr. de Moral. en el lib. 13. cap. 40. de su Cron. gen.

pues de la conquista de Toledo no pudo engrandecerse, ni mejorarse su estilo; y una prueba de esto es, que para encarecer D. Lucas de Tuy la excelencia de las obras que mandó construir en Burgos D. Alfonso VIII. quando fundó allí el Monasterio de las Huelgas, el Hospital de Peregrinos, y el Palacio real, dice por gran ponderacion, que estos edificios se hicieron de piedras, ó ladrillos (1), cuya expresion repite, hablando de los que mandó edificar en Leon la Reyna Doña Berenguela (2). Esto nos hace creer que por entónces la mayor parte de las fábricas serian de tapia, ó terrizas, ó tal vez de adoves: pues de otro modo ¿á que vendrian las expresiones del Tudense, si no conspirasen á dar

(1) Tam prædictum monasterium, quám palatium regale, quam etiam hospitale cum capella sua de *lapidibus, vel laterculis coctis*, et calce constructa sunt, et auro ac variis coloribus depicta. Lucas Tudensis. Cronic. Mundi. pag. mihi 108.

(2) Ædificavit Regina Berengaria palatium regale in Legione *ex lapidibus et calce*, juxta Monasterium S. Isidori, et turres legionenses quas Rex barbarus quondam dextruxerat Almanzor *ex calce et lapidibus* similiter restauravit. Id. pag. mihi 110.

una idea de la magnificencia de aquellas obras? Mas por lo que toca á su carácter tenemos por cierto que no se alteró, ni cambió hasta los fines del siglo XII. como esperamos manifestar en las notas siguientes.

X.

Ya están de acuerdo los eruditos en que la arquitectura llamada *gótica*, lleva sin razon este título, y que no habiéndola inventado, ni exercitado los Godos, no puede pertenecer en manera alguna á los tiempos de su dominacion. En conseqüencia han querido distinguirla con otro título que no envolviese una idea falsa, ó equivocada de su orígen, y persuadidos á que este modo de edificar se debia á los Alemanes, le bautizaron sin detencion con el nombre de arquitectura *tudesca*: apelativo que ha prevalecido entre muchos modernos, no del todo forasteros en la historia de las artes, y de que hemos nosotros mismos usado alguna vez.

Mas ahora vivimos persuadidos á que este último sobrenombre conviene tan poco á la arquitectura de la edad media, como el de

gótica: pues no constando que los Alemanes la hayan inventado, mejorado, ni exercitado jamas exclusivamente, creemos que no hay razon bastante para atribuírsela en ningun concepto.

Esta opinion nos ha obligado á investigar mas de propósito su orígen, y el resultado de nuestras indagaciones dará materia á la presente nota. Creemos que no se esperarán de nosotros pruebas concluyentes en materia que es de suyo incierta y congetural; y en la qual, si abrimos un sistema que los profesores puedan confirmar por medio del análisis científico de las obras pertenecientes á ella, tendremos la satisfaccion de haber adelantado mucho mas de lo que debe esperarse de un mero aficionado.

Es muy freqüente en los libros que tratan de arquitectura atribuir á tiempos muy remotos edificios de época reciente, y conviene tener á la vista esta observacion para no dexarse alucinar con el testimonio de los escritores. Como por otra parte los edificios de la media edad hayan sido muy perecederos, segun hemos notado, y de aquí resultase la necesidad de

repararlos y aun reedificarlos del todo, perdiéndose así ó desfigurándose sus formas primitivas, es claro que el testimonio de su primera construccion nunca producirá por sí solo una prueba decisiva en favor de su presente forma.

Sirva de exemplo la célebre Iglesia de S. Sofia que hemos probado arriba con autoridad de la historia tripartita haberse construido en el siglo IV. Milizia (*) da una razon exâcta de la renovacion que hizo de esta iglesia Justiniano, valiéndose de los célebres arquitectos griegos Antemio, y Isidoro. Felibien (**) habla de varias reparaciones que recibió despues, y entre otras de una harto grande y considerable en tiempo del Emperador Basilio el Macedon, esto es, en el siglo IX. No sabemos si hubo otras posteriores: pero los que observen de propósito su estado presente no podrán dudar que los Turcos alteráron tambien su forma, por lo menos en lo exterior, añadiéndole muchos ornamentos de su propio

(*) Lib. 2. cap. 1. art. Antemio.

(**) Tom. 5. lib. 3.

gusto. No afirmarémos por eso, que esta iglesia haya perdido enteramente su forma primitiva. Pudieron muy bien conservar alguna parte de ella Justiniano, y el Emperador Basilio en sus renovaciones: pudieron hacer lo mismo los Turcos, contentándose con adornarla por de fuera á su gusto: ¿pero quien se atreverá á sostener con el testimonio de la Tripartita, que la arquitectura de la actual iglesia de S. Sofia pertenece al siglo IV?

Es pues necesario para fixar el sugeto de nuestras investigaciones buscar edificios de entera conservacion, y averiguando con buenos testimonios el tiempo en que fueron construidos, someterlos al exâmen analítico, como al único medio de conocer su forma y esencia, sin caer en error, ni equivocaciones.

Procediendo, pues, sobre este método se puede asegurar sin reparo, que no se hallará en Europa edificio alguno del género llamado *gótico*, ó *tudesco* que conste ser anterior al último tercio del siglo XII. Esto es lo que podemos deducir de la observacion de aquellas fábricas cuya época está seguramente conocida; pues las que son sin disputa anteriores á la

que ahora fixamos pertenecen al modo de edificar de que hablamos en la nota anterior, y las que conocemos del género llamado *gótico* no tocan, ni alcanzan á aquella época.

Ni nos detiene la autoridad del Vasari, de Felibien, de Milizia y otros escritores; pues los testimonios de que se valen, ó solo prueban, como ya hemos notado, la primera edificacion de las obras que citan, ó favorecen positivamente nuestra opinion, quando siguen la serie de sus reparaciones.

El mismo Felibien, que fué el mas exâcto en señalar esta serie, y el estado progresivo de varias obras célebres se puede citar en abono de nuestras congeturas. Los famosos edificios de Francia, á que se da tan remota antigüedad, construidos con los restos de otros mas antiguos, como la famosa capilla de Aix, pero destruidos despues por las devastaciones, por los incendios, ó por el tiempo solo, y repetidamente reparados y renovados, no han tomado, segun este autor, la forma que hoy tienen, esto es, la forma llamada *gótica*, sino en el período que

comprehende nuestra época. Tales son la Catedral de Amiens, la mas antigua de aquel reyno, segun nuestros cómputos, que pertenece al 1220: la de Reims, incendiada en 1210, y reedificada hácia la mitad del siglo XIII.: la de Strasburgo, quemada á los fines del XII., reedificada desde fines del XIII. á los principios del XIV. y ampliada con su célebre torre hácia la mitad del XV.: las de Rohan y Bourges, que pertenecen tambien al XIV., y otras muchas, cuya citacion omitimos por evitar molestia, pero se podrán ver en el mismo Felibien (***).

Otro tanto puede decirse de las iglesias de Italia, donde la mas célebre de la media edad, que es el Domo de Florencia, construida en el siglo XI. no pertenece todavía al género *gótico*, pues no es mas que un conjunto de muchos trozos del *antiguo*, traidos de oriente por los negociantes Pisanos, ni tiene otro mérito que la buena union de estas partes, debida á la pericia del griego Buscheto. Los dos Pisas, Nicolás y Juan, padre y hijo, célebres y antiguos arquitectos

(***) Tom. 5. lib. 4.

de aquel pais en el gusto llamado *gótico* no florecieron hasta el siglo XIII. : prueba bien clara de que entonces fuè introducido en Italia , pues no se cita obra alguna de este género anterior á las de los Pisas.

Lo mismo pensamos de las de Alemania, porque sobre no citarse , ni constar de ningun edificio del gusto *gótico* anterior á nuestra época, nos atestigua Felibien , que en la escuela de arquitectura que Juan de Pisa tenia en Arezzo, su patria , habia muchos discípulos Alemanes, algunos de los quales trabajaron con crédito en Roma ; y no es verosímil , ni que si en su patria floreciese entónces este modo de edificar saliesen los Tudescos á estudiarle fuera, ni que si ellos hubiesen sido sus inventores estuviese decadente en Alemania quando florecia en el resto de Europa.

Finalmente pensamos lo mismo de nuestra España , pues las Catedrales de Leon , de Burgos, y Toledo, las mas bellas y antiguas de todas , pertenecen tambien al siglo XIII.: con la circunstancia de que la de Leon , que en nuestro dictámen sobrepuja á todas las de Europa en belleza , las vence tambien en antigüedad,

por haber dado principio á ella el Obispo D. Manrique al espirar el siglo XII., esto es, en 1199. (Esp. sagr. t. 35.) Concluyendo, pues, que el principio de esta arquitectura no puede atrasarse mas que hasta los fines de aquel siglo, veamos si podemos descubrir quienes fueron sus inventores en Europa, y de donde tomaron sus orígenes.

Un modo de edificar tan diferente en su forma y ornato del que prevalecia en la época antecedente, y si se puede hablar así, de tan contrario y distinto carácter, ciertamente que no pudo hallar sus modelos, ni tener sus orígenes en los países que le adoptaron. A haber nacido en ellos seria muy fácil señalar en algunos edificios de aquella época la serie de alteraciones por donde el gusto arquitectónico, desde los fines del siglo XII. habia venido á hacerse rico, atrevido y elegante, de sencillo, tímido y pesado que antes era. Podrian por lo ménos señalarse en cada pais de los que adoptaron este nuevo modo de edificar las causas que produxeron tan notable revolucion, y nada de esto nos presenta la historia de las artes antes de la época que hemos señalado.

Por el contrario vemos dos cosas bien dignas de advertirse en abono de nuestra opinion: una que la arquitectura llamada *gótica*, ó *tudesca* se apareció de repente y casi á un mismo tiempo en toda Europa, y otra que apareció yá en su mayor pompa y perfeccion. Francia, Italia, Alemania, España,(1)

(1) La piedad de los Reyes tan dados en el siglo XII. á restablecer la dignidad del culto y las iglesias, y á enriquecerlas mas y mas cada dia, y el aumento de poder y riqueza á que caminaba la Nacion despues de la conquista de Toledo y la victoria de las Navas, prepararon tambien á la entrada del siglo XIII. el engrandecimiento de la arquitectura y la introduccion del gusto oriental, que tantos españoles y extrangeros venidos de Ultramar á España habian podido extender por ella. Nosotros no tememos fastidiar al lector con la ilustracion de punto tan importante á la historia de nuestras artes, y singularmente de la arquitectura, y por esto no omitimos los testimonios que pueden servir de apoyo á nuestras congeturas. Entre ellos es muy recomendable el del Obispo D. Lucas de Tuy, autor contemporáneo, que con singular estudio nos conservó la epoca de la construccion de una gran parte de nuestras Catedrales *góticas*, y otras obras insignes del mismo gusto. Copiarémos, pues, exâctamente sus palabras, dexando á cada uno el cuidado de aplicarlas al objeto de la presente nota.

Hace primero memoria de las iglesias de Leon y San-

que no vieron acabado ningun edificio góti-

tiago, edificadas en tiempo de Alfonso el IX., diciendo (Cronic. mund. pag. 110). *Tunc reverendus Episcopus Legionensis Mauricius* (debe decir *Manricus*) *ejusdem sedis ecclesiam fundavit opere magno, sed eam ad perfectionem non duxit. Tunc etiam fundata est ecclesia B. Jacobi Apostoli quæ postea per reverendissimum patrem Petrum Jacobensem Archiepiscopum est gloriosissime consecrata.* Habla despues del zelo con que los Obispos movidos del piadoso exemplo del santo Rey D. Fernando y su madre Doña Berenguela se dieron á construir magníficas iglesias; y dice (ibid. pag. 113.) *Eo tempore reverendissimus pater Rodericus, Archiepiscopus Toletanus ecclesiam toletanam mirabili opere fabricavit. Prudentissimus Mauricius, Episcopus Burgensis Ecclesiam Burgensem fortiter et pulcre construxit. Et sapientissimus Joannes Regis Ferdinandi Cancellarius Ecclesiam Vallisoleti fundavit.... Hic, tempore procedente, factus Episcopus Oxomiensis ecclesiam oxomiensem operé magno construxit.*

Nobilis Nunnus Astoricensis Episcopus inter alia quæ prudenter gessit muros Astoricensis urbis, Episcopium, et Ecclesiæ claustrum fortiter et pulcre studuit reparare. Regula juris Laurentius Auriensis Pontifex ejusdem ecclesiam, et Episcopium quadris lapidibus fabricavit, et pontem in flumine mineo juxta eamdem civitatem fundavit. Generosus etiam Stephanus Tudensis, ejusdem Ecclesiam magnis lapidibus consummavit et ad consecratio-

co en el siglo XII. presentan ya en el XIII. sus mas augustas Catedrales ; y lo que es todavía mas raro tienen ya por este tiempo los mas célebres arquitectos que florecieron en este género. Tales fueron Couci y Montreuil en Francia , los Pisas en Italia , Erwino en Alemania , y Pedro Perez , autor de la Iglesia de Toledo en España. ¿Quien , pues, dudará que esta revolucion artística se verificó hácia los fines del siglo XII? ¿Ni que la causa que tuvo tan general influencia en toda Europa estaba fuera de ella?

Esta reflexîon , que nos obliga á buscarla en otra parte , nos conduce naturalmente al oriente en pos de aquellos innumerables exércitos que pasaron del occidente á los fi-

nem usque perduxit. Pius autem et nobilis Martinus Zamorensis Episcopus in ecclesiis construendis , monasteriisque restaurandis , pontibus et hospitalibus ædificandis continuo præbebat operam efficacem.

His et aliis sanctis operibus nostri beati insistunt Pontifices et Abbates isti et alii quorum nomina scripta sunt in libro vitæ. Adjuvant his sanctis operibus largissima manu rex magnus Fernandus et prudentissima mater ejus regina Berengaria multo auro , argento , pretiosis lapidibus et sericis ornamentis Christi Ecclesias decorantes.

nes del siglo XI. á conquistar la tierra santa: que penetraron por la Europa oriental al Asia y al Egipto : que conquistaron una parte del Asia menor , la Palestina y la Syria: que erigieron soberanías y principados en Nicea , en Antioquía , en Jerusalen , en Cesarea , en Tolemaida , y en una y otra orilla del Jordán ; y finalmente , que en estos paises, por espacio de dos siglos , repararon , ampliaron y aun fundaron de nuevo ciudades, pueblos , castillos y fortalezas.

Nada es tan natural como atribuir la revolucion de que tratamos á este principio , que reune en sí quantos caracteres son necesarios para producirla. La industria , el comercio , las artes nobles y mecánicas estaban por entónces tan atrasados en la Europa occidental , como florecientes y aventajados en el oriente ; y si particularmente se trata de la arquitectura, esta diferencia era sin duda mas notable, como despues verémos. Prescindiendo , pues, de la revolucion que las Cruzadas causaron en las ideas y costumbres generales de occidente , de que han tratado muy de propósito el Ingles Robertson y otros autores ¿ quien

desconocerá la influencia que tuvieron en el arte de edificar?

Para probarlo mas particularmente es preciso suponer que los exércitos que pasaron de las varias partes de Europa llevaron consigo arquitectos, y que los emplearon, no solo en levantar máquinas militares, sino tambien en la reparacion y fundacion de las ciudades y poblaciones que hubieron de construir miéntras duró su dominacion. Consta por el testimonio del señor Joinville, que con S. Luis pasaron á ultramar arquitectos franceses, y de Eudon de Montreuil, uno de ellos, dice Felibien que edificó en el siglo XIII. muchas iglesias en Francia. Paulo Emilio atribuye á arquitectos genoveses y lombardos muchas de las obras que se hicieron en el cerco de Antioquía y en el de Jerusalen; y era tambien lombardo el autor de aquel famoso castillo, que nuestra história de ultramar describe y pondera tan de propósito, diciendo que el arquitecto se llamaba Cisamás (lib. 1. cap. 226); y aunque en este punto no tengamos memorias muy exâctas, yo no dudo que irian tambien arquitectos de los demas reynos de Euro-

pa, sin exceptuar la España: (2) porque ¿co-

(2) Se extrañará sin duda la conjetura que hacemos, de que tambien habrian pasado á Ultramar arquitectos españoles, quando nuestra Nacion es excluida del número de las que enviaron tropas á la guerra santa. Así lo siente Paulo Emilio, fundado en una razon plausible: á saber, que entónces teniamos nuestra particular cruzada dentro de casa. *Hispani*, dice, *suum sacrum bellum domi adversus sarracenorum tetras reliquias gerebant.* De R. G. Franc. lib. 4.

Pero nosotros hallamos testimonios muy positivos para desechar la autoridad del escritor Veronés, y nos parece conveniente indicarlos aquí á fin de desvanecer un error que se ha hecho demasiado comun, no sé si en incremento ó mengua de nuestras glorias.

La Gran Conquista de Ultramar, traducida ó mas bien compilada de órden de nuestro sabio Rey Don Alfonso X. hace honrosa y singular memoria de algunos españoles que estuvieron en Palestina: cita á Juan Gomez, que prestó su caballo al Rey de Jerusalen en el aprieto de Damasco. (lib. 3. cap. 291.): á Pedro, Prior del Sepulcro, y luego Arzobispo de Tyro, natural de Barcelona, de quien dice que fizo muchas buenas obras en la tierra (lib. 3. cap. 299.) á D. Perogonzalez, que salvó la vida al Conde de Flandes sobre Antioquía (lib. 2. cap. 53); y á un caballero de España que no nombra, á quien Licoradin Soldan de Damasco, pagado de su valor y virtud encomendó á su muerte la guarda de su estado y de sus hijos (lib. 4. cap. 308). Por otros documentos de aquel tiempo, consta de muchos es-

mo podia dexar cada caudillo de llevar con-

H

pañoles que pasaron tambien á Ultramar: tales fueron el judío Benjamin de Tudela, que en medio del movimiento general de los christianos para ganar el sepulcro de J. C. fué á saber el estado de su nacion en el oriente: D. Lucas, despues Obispo de Tuy, que consta haber estado en Jerusalen hácia los fines del siglo XII. ó principios del XIII. y el célebre Lulio, que despues de haber corrido como misionero aquellas vastas regiones, formó á su vuelta un nuevo proyecto para ganar la tierra santa, acaso mejor combinado que los que antes se habian seguido, y tristemente malogrado. Pero los testimonios mas decisivos se hallan al capítulo 209. del lib. 1. de la misma historia en estas palabras. „E estos dos hombres honrados, el Conde de Tolosa „é el Obispo de Puy, de que ya diximos, quando salieron de „su tierra para ir á Ultramar movieron gran gente con ellos „de buenos caballeros de armas, é de hombres honrados, „tambien de Tolosa, como de Provencia, como de Al„bernia, é Santonge, é de Lemociu, é de tierra de Ca„hors, é del Condado de Hedes, é de Cartases, é de „Gascoña, é de Catalanes. *E como quier, que gran guer„ra hobiesen con Moros en España desde los puertos „adentro, que es llamada España la mayor, ca de la „una parte D. Alonso el Viejo, Rey de Castilla, guer„reaba con Toledo, y el Rey D. Ramiro de Aragon sa„cara su hueste para ir á cercar á Lérida, mas por todo „esto no cesó, que de todos los reynos de España que de „christianos eran no fuesen caballeros, é otras gentes.* Al

sigo esta especie de ministros tan necesarios cap. 20. del lib. 2. *E eran tambien con ellos una gran pieza de España la mayor. E todos estos posaban juntos, porque se entendian mejor, é se armaban de una manera*; y mas abaxo. „A la otra puerta cerca aquella do estaba un „turco que llamaban Carcan posó el Conde D. Remon de „Tolosa é el Obispo de Puy, é con ellos D. Gaston de Bear„te é todos los Tolosanos é Provenzales é Gascones, *é otrosi los de Cataluña é de todos los otros reynos de España, que eran ay gran pieza de ellos en la hueste.* Al cap. 49. *E nna compaña de Caballeros españoles que ay habia que aguardaban al Conde de Tolosa, de que el ficiera cabdillo á D. Perogonzalez el Romero, que era muy buen caballero de armas, é era natural de Castilla, é hizo muy bien aquel dia: asi que tres de los mejores caballeros que habia entre los Moros mató por su mano de lanza é de espada.* Y finalmente al cap. 120. donde recontando las tropas que salian á la famosa batalla de Antioquía, y la descripcion que iba haciendo dellas al Rey Corvalán su privado Amegdelis al pasar de uno de los cuerpos, ó tercios, dice: *Entonce Corvalán que estaba en su tienda, quando vió aquella gente tan desemejada de la otra parte preguntó á Amegdelis é dixole: ¿Sabes tú quien son aquellos que están apartados? Nunca vi otros tales, ni otra tal gente, ni semejante dellos. Dixo Amegdelis: señor bien lo puedes saber que aquellos son los muy buenos caballeros del tiempo viejo, que conquirieron á Fspaña por el su grant esfuerzo: que mas Moros mataron ellos despues que nacieron que vos non truxisteis aquí de toda gente. E aunque los otros fuyan del*

en la dotacion de un exército que iba á con-

campo, sepades que estos non fuirán por ninguna manera: que conocen que han logrado bien sus dias; é si les acaeciere querrán ante morir en servicio de Dios que tornar las cabezas para fuir. Este tercio de viejos españoles pasaba de 7000 hombres segun la misma historia. *Allí.*

En suma no es ménos probable, que así como con el Conde de Tolosa pasaron á Ultramar muchos españoles, hubiesen pasado tambien con el Cardenal Pelayo, nuestro compatriota, que en calidad de Legado Pontificio, y como general mandó la célebre expedicion de Damiata; y con Tibaldo, Rey de Navarra, cuyos estados, no solo confinaban, sino que se mezclaban con los de la Navarra Española.

Diráse, que todo esto probará el paso á Ultramar de muchas tropas de España, mas no que pasaron arquitectos españoles; pero siendo el exército que llevó el Conde de Tolosa uno de los mas numerosos y ricos que pasaron á la guerra santa, que mas se detuvieron en el oriente, y que mayor parte tuvieron en las conquistas y establecimientos hechos allá ¿porque no podrémos congeturar que entre tantos españoles como le siguieron fuese algun arquitecto ó ingeniero, singularmente de Cataluña, donde empezaban ya á florecer las artes y el comercio? Por cierto que no hay mejores pruebas para congeturar que en el siglo XII. asistieron á las expediciones de la guerra santa arquitectos alemanes, ingleses, y aun franceses; y sin embargo la congetura es tan probable en favor de ellos como queda demostrado.

quistar y hacer establecimientos? ¿Ni como será creible que abandonasen un objeto tan esencial como la arquitectura militar y civil á los artistas del pais enemigo?

Supongamos ahora estos arquitectos européos, dados antes á la construccion de groseros y humildes edificios, como eran los de occidente en la época anterior, y trasladados de repente á la vista de tantos grandes monumentos como contenian entónces la Grecia, la Fenicia, el Egipto y otras regiones por donde penetráron: ¡quales no serian su sorpresa, y su admiracion! Llevados despues á la imitacion por la naturaleza misma, y estimulados mucho mas por el interés ¿quien duda sino que harian los mayores esfuerzos para engrandecer su estilo, y tomar de sus modelos quanto fuese accesible á sus conocimientos, y acomodable á los objetos en que se empleaban? He aquí, pues, los conductos por donde el gusto oriental pudo pasar, y pasó probablemente al occidente.

No obstante, se dirá que el modo de edificar de que hablamos no se hallaba en alguna parte del oriente qual acá le cono-

cemos, y que por tanto no pudo ser objeto de su imitacion. El reparo es justo ¿pero no pudieron hallarse esparcidos aquí y allí sus tipos, sus formas y carácter? Esta investigacion dará materia á la nota siguiente. Entretanto creemos haber hecho verosímil y probable, que el modo de edificar llamado *gótico ó tudesco* vino del oriente á Europa, traido por los ingenieros y arquitectos que pasaron con los cruzados. Parece por lo mismo que se le pudiera dar el nombre de arquitectura oriental, despojándole de una vez de los títulos que lleva sin ninguna razon.

XI.

Habiendo indicado el orígen, la época, y los inventores de la arquitectura llamada *gótica*, réstanos determinar las fuentes donde pudieron tomarse aquellas partes ó miembros que mas señaladamente la caracterizan y distinguen. Un exâmen analítico de ellos, hecho científicamente y aplicado al paralelo de este modo de edificar con los que prevalecian en oriente, produciria la mejor demostracion de nuestras congeturas: pero como esta opera-

cion exîja, no solo mucho discernimiento, sino tambien muchísima pericia en la teórica del arte, nos contentarémos con hacer una tentativa acerca de este punto, que es hasta donde pueden llegar nuestros esfuerzos.

Pues que los orígenes de la arquitectura de que tratamos, exîstian en el oriente al tiempo de las Cruzadas, es necesario reconocer qual era entónces allí el estado de la arquitectura, y que especie de edificios pudieron presentarse á la vista de los arquitectos europeos que pasaron allá desde los fines del siglo XI.

Si por ventura estos profesores observáron algun edificio medianamente conservado del buen tiempo de la arquitectura *griega*, *latina*, *egipcia y fenicia*, ó bien las célebres ruinas de otros, que sin duda exîstian en el Asia por aquella época, no por eso contarémos estas obras entre los modelos de imitacion que se propusieron: no tanto por lo que dista de ellas la arquitectura de que hablamos, quanto porque atendidos el gusto y las ideas de aquellos artistas, se puede asegurar que no les parecerian dignos de aten-

cion. La sencillez y la regularidad, tan apreciables á los que juzgan por buenos principios, sorprehenden mucho ménos á quien no los conoce que la extrañeza y el artificio; porque nada arrebata tanto al hombre rudo, como los objetos, que saliendo mucho del órden comun, y presentándose á sus ojos como otros tantos prodigios cuyas causas no alcanza, suspenden su atencion, y le fuerzan por decirlo así á encarecerlos y admirarlos. De aquí es que las bellezas arquitectónicas del *antiguo* estarian tanto mas lejos de ser admiradas é imitadas por los profesores europeos, quanto mas se acercaban á la regular y sencilla naturaleza donde se habian tomado sus modelos.

Por el contrario, la arquitectura *griega* de la media edad presentaria á los cruzados gran número de edificios, que por su misma extrañeza y novedad les debieron parecer mas dignos de imitacion. Las historias de aquella guerra están llenas de testimonios que prueban la extraordinaria sorpresa con que los européos vieron y admiráron las iglesias, palacios y edificios de Constantinopla, por donde todos pasaban para penetrar al Asia. Pue-

den leerse muchos de estos testimonios en el discurso preliminar á la historia de Cárlos V. escrita por el inglés Robertson, y sabiamente alegados en apoyo del paralelo general que formó allí de la rudeza de los européos con la cultura oriental: los quales con mayor razon se pueden aplicar al de la arquitectura de uno y otro pais. Nosotros, sin repetir los que se hallan en aquella obra (*), solo añadirémos uno tomado de nuestra historia de Ultramar, que es muy del propósito.

Hablando al capít. 41. lib. 4. de la visita que el Rey de Jerusalem Almanrique hizo al Emperador de Constantinopla, despues de ponderar extraordinariamente la arquitectura de los palacios llamados Constantiniano, y de Balquerna, dice el historiador. "E las
» gentes del Emperador hacian muy grandes
» honras al Rey, é hacianle hacer grandes
» despensas, é á sus ricos hombres otro sí:
» é despues leváronle por la cibdat de Cons-
» tantinopla é por las iglesias donde habia
» muchos pilares y columnas de cobre é de

(*) Véase la nota XIV. al citado discurso preliminar.

»mármol, é hallábanlas en muchos lugares »labradas *con imágines de muchas maneras*, é »vieron muchos arcos de piedra que decian „*criastiles entallados é de diversas historias*, é »catábanlas muy de buena mente las compa- »ñas del Rey, é maravillábanse mucho.» No es pues dudable que estos edificios, entre los quales era sin duda el mas notable la iglesia de S. Sofia, excitarian poderosamente los européos á la imitacion, pues tanto hallaron que admirar en ellos.

Ni podemos dudar tampoco que hubiesen llevado su atencion los edificios árabes, de que habia gran copia en el pais que fué teatro de la guerra santa. Los Arabes, rudos y bárbaros en tiempo de Mahoma, empezáron á cultivar las ciencias y las artes desde el siglo II. de la egira: hicieron grandes progresos en las matemáticas; y con ellas fueron capaces de cultivar la arquitectura, cuyos principios residen en la geometría y la mecánica. Sus primeros edificios se compusieron de los mejores restos del *antiguo* hallados en abundancia por los paises de su dominacion, como consta de los testimonios que cita Fe-

libien (**), hablando de la fundacion de las célebres ciudades de Bagdad, de Fez, y de Marruecos. Despues, observando estos mismos restos de la antigua arquitectura, ó lo que es mas probable los de la *persiana* y *egipcia*, formáron una arquitectura propia y peculiar, cuya época puede fixarse entre los siglos II. y III. de la egira, que coinciden con el VIII. y IX. de nuestra era.

Nos inclina á este dictámen el carácter de la célebre Mezquita de Córdoba (1) que perte-

(**) Tom. 5. lib. 3.

(1) Esta mezquita, de la qual dice el Arzobispo D. Rodrigo (de R. H. lib. 9. cap. 17.) *quæ omnes mezquitas arabum ornatu et magnitudine superabat* se empezó á edificar por Abderrámen, y se concluyó por su hijo Issem. El mismo Arzobispo nos conservó la memoria de este suceso en su historia de los Arabes al c. 18. *Anno autem arabum CLXIX*, dice, *cœpit Cordubensem Mezquitam ædificare, ut prærogativa opera omnes mezquitas arabum superaret*; y hablando despues de la conquista de Narbona hecha por Abdelmelich á nombre de su hijo Issem, dice. *Et tot spolia secum duxit, ut in quinta parte Issem suo Principi morbetinorum* 45000 *provenerunt ex quibus mezquitam Cordubensem quam Pater suus incœperat consummavit.* Finalmente tal fué para los árabes la importancia de este edificio, que para hacerle mas glorioso pactó Abdelmelich, en

nece á los fines de nuestro siglo VIII., y de que conservamos todavía tan preciosos restos en la presente Catedral : pues aunque este edificio tiene ya todo el carácter de la arquitectura *árabe*, se advierte que fueron tambien aprovechados en él no pocos restos del *antiguo*, particularmente columnas y capiteles de órden corintio, y de carácter grandioso que aun exîsten allí, bien que miserablemente mutiladas las primeras para acomodarlas al tamaño de las otras, y picados los segundos para esculpir en ellos inscripciones árabes. Esto prueba á nuestro juicio, que los Moros no se desdeñaban todavía á fines de aquel siglo de hermosear sus edificios con adornos extraños. Pero habiendo enriquecido despues el ornato de su arquitectura propia desecharon del todo el *antiguo*; y aunque no podamos fixar la época de este mejoramiento, no hay duda que precederia al siglo XII., pues tan adelantada se hallaba ya á la en-

una de las condiciones de la paz firmada con los narboneses, que hubiesen de llevar á hombros y en carros hasta Córdoba la tierra necesaria para concluir la gran Mezquita. D. Rodrigo. H. A. cap. 20.

trada del IX. Nosotros sabemos que pertenecen al XIV. gran parte de las obras hechas en el Alcázar de Sevilla, y en la Alhambra de Granada, donde la arquitectura *árabe* aparece en su mayor riqueza y esplendor (2).

Es pues creible que desde el siglo III. y IV. de la egira en adelante, esto es, desde el IX. y siguientes de nuestro cómputo se empezáron á llenar el Asia y el Africa, dominadas en gran parte por los Arabes, de insignes monumentos de su arquitectura, cuyo imperio debió conservarse todavía baxo la dominacion de los Turcos: porque siendo estos, bárbaros tambien, en el principio de sus conquistas tomáron poco á poco, sino las ciencias, por lo menos la religion, la lengua,

(2) Los edificios de Granada y Córdoba se hallan en la coleccion de *antigüedades árabes* que acaba de publicar nuestra Academia de san Fernando. Antes habia dado á luz otra coleccion de ellas el Ingles Enrique Swimburne en su viage hecho por España, los años de 1775 y 1776: pero estando ya concluida la coleccion de la Academia desde 1762, sospechamos que se pudo aprovechar de sus trabajos. Vease la obra intitulada: *Travels Through Spain*, &c. *by Henry Swimburne*: London 1779. pag. 171.

las artes, los usos y costumbres del pueblo que habian dominado. Y he aquí como los arquitectos européos pudieron hallar muchos modelos de imitacion en la arquitectura árabe.

Como los cruzados penetráron tambien por la Persia y el Egipto, no hay duda, sino que pudieron observar y admirar muchos de los antiguos y grandes monumentos de la arquitectura de estas dos naciones, y singularmente de la última. Puédese formar de esto alguna idea por lo que los mensageros enviados al Califa de Egipto por el Rey de Jerusalem antes citado contaron á su vuelta, del palacio en que este Príncipe turco los habia recibido, cuya entrada describe con referencia á ellos nuestra historia de Ultramar al cap. 5. de lib. 4. (3). Y si este edificio, que por lo

(3) Son muy dignas de notarse sus palabras que se pondrán aquí para satisfaccion de los curiosos. „*E leváronlos* „dice, *por unas entradas de unos lugares que eran luen*„*gas é angostas*, *é no habia en aquel logar ninguna cla*„*ridad é quando llegaron á la lumbre*, *fallaron tres puer*„*tas ó quatro una cerca de otra*, *é guardábanlas muchos* „*moros que estaban muy bien armados*: *é quando fueron* „*adelante fallaron un corral muy grande*, *é el suelo era* „*de losas de mármol obrado de muchas colores. E habia*

que de él se dice no era de antigua arquitectura *egipcia*, sino de gusto y carácter moderno, y acaso obra de los árabes, llevó tanto la atencion de los pobres y rudos alarifes européos ¡quanto no sorprehenderian su vista las ruinas de la gran Thebas y las enormes pirámides que ya habian llenado de admiracion al malogrado Germánico en tiempo de Tiberio! (4). ¡Quanto los altos obeliscos, que se hubiesen salvado de la codicia de algunos sucesores de este tirano! ¡Quanto en fin otros

„ay una torre muy buena é muy noble, é habia capitales „labrados muy nobles sobre mármoles obrados muy noble„mente con oro de música, é las vigas é la madera pin„tado con oro labrado muy ricamente, é en aquella torre „en muchos logares nacian fuentes que venian por caños „de oro é de plata, é todo el suelo era de losas de már„mol, &c.

(4) *Mox visit* (Germanicus) *veterum Thebarum magna vestigia, & manebant structis molibus litteræ Egyptiæ priorum opulentiam complexæ. Tacit. Ann. lib.* 2. *n*. 60.; y luego hablando de las pirámides, dice el mismo autor: *Ceterum Germanicus aliis quoque miraculis intendit animum, quorum præcipua fuere Memnonis saxea effigies ubi radiis solis icta vocalem sonum reddens: disjectasque inter et vix pervias arenas instar montium eductæ pirámides, certamine, et opibus regum. ib. n.* 61.

célebres monumentos que á costa de largos y dispendiosos viages buscan aun con ardor, y reconocen con entusiasmo los cultos européos!

E aquí pues las fuentes de la arquitectura llamada *gótica*: á saber, los edificios gregos, árabes y egipcios exîstentes en el oriente por los siglos XI. XII. y XIII. en que se hizo la guerra santa.

Para conferir con estos orígenes las obras del gusto *gótico*, se debe tener á la vista su carácter general, sobre el qual anticiparémos aquí algunas observaciones, tomándolas principalmente de las iglesias, que son sin duda los edificios mas notables que produxo.

Este carácter general se señala visiblemente por medio de cierta gallardía (5) ó gentileza que presentan las iglesias *góticas*, ora se observen exterior, ora interiormente; y esta gallardía resulta, tanto de las proporciones,

(5) Para evitar qüestiones de voz, prevenimos que por *gallardía y gentileza* entendemos aquella atrevida y extraordinaria delicadeza, que escondiendo la verdadera solidez de los edificios *góticos* los hace parecer notablemente esveltos y ligeros.

como de la forma de sus partes. Colocadas sobre un plano oblongo: dividida su area á lo largo en tres ó cinco naves: levantados los muros hasta rematar en bóvedas, cuya elevacion crece gradualmente de los extremos hasta el medio: apoyadas estas bóvedas en arcos altos y estrechos, sostenidos sobre columnas delgadísimas; y en fin adornado el todo por de fuera con altas torres y con cuerpos de iguales proporciones, era indispensable que presentasen á la vista un objeto de notable esvelteza y gallardía.

Pero este carácter resulta todavía mas visiblemente, por la forma de las partes que componen tales edificios, siempre inclinada á la figura piramidal. Por dentro, la altura, la estrechez y la terminacion aguda de las bóvedas: el corto diámetro de los arcos altos y punteados: y la esvelteza de todos los miembros menores del ornato siempre rematados en punta; y por fuera las altas agujas de las torres: los grupos de torrecitas, y merloncillos pegados á sus ángulos, y terminados tambien á diversas alturas en agujas muy delgadas: los arcbotantes, que cayendo de

bóveda en bóveda sirven de estribos á los muros ; y toda la coronacion compuesta de templecitos , pirámides , agujas y obeliscos pródigamente sembrados y repetidos por el frente y costados , realzan tan notablemente el carácter de las obras góticas, que nadie podrá desconocer en ellas esta gentileza que las distingue de todas las demas.

Si á esto se agrega la filigrana de los trepados y perforaciones en las ventanas, claraboyas , arcos , agujas , y aun muros que tanto realzan la delicadeza del edificio, resultará un carácter tan rico , tan ligero y gentil , que no sea equivocable con el de ninguna otra especie de arquitectura conocida.

Pero si este carácter general no pertenece particularmente á ninguno de los modos de edificar conocidos en el oriente ¿como, se dirá , pudo venir de allí? ¿como y de donde le tomaron los arquitectos européos? ¿No seria mejor pensar con Felibien (***) que se habia tomado de la naturaleza misma , y que los ár-

(***) Tom. 6. *Dissertation touchant l' architecture antique et l' architecture gothique.* pag. mihi 229.

boles delgados , que subiendo paralelamente y enlazando sus ramas en lo alto forman una especie de bóvedas elevadísimas , dieron la primera idea de este carácter *gótico*?

Sin embargo, lo que llevamos dicho hasta aquí resiste esta congetura. Quando la arquitectura nació de la necesidad tomó probablemente de la naturaleza los typos de sus partes y miembros , los quales fué despues puliendo y mejorando el arte ; y es muy creible , como opina Milizia (6) que la primera cabaña contuvo ya en sí el modelo del mas bello edificio del *antiguo*. Pero criado una vez el arte, la razon no hizo mas que perfeccionarle sin perder de vista su modelo ; y quando el capricho le usurpó este oficio , ya no volvió á consultar con la naturaleza, ni con la razon, sino que huyó de entrambas para seguir libremente sus ilusiones. ¿Por que pues no seguirémos nosotros el progreso de estas, buscando las alteraciones del arte en el arte mismo? He aquí lo que nos hemos propuesto en

(6) En el prefacio de la obra citada arriba. *La rozza capanna*, dice *é il modello della belleza de la arquitettura civile.*

la presente indagacion, esperando que el público sin anticipar el juicio de nuestras congeturas leerá con atencion y paciencia la serie de reflexîones en que las apoyamos.

Sea la primera que los inventores del gusto *gótico* no hicieron otra cosa que seguir naturalmente el que habian adquirido en el exercicio de su profesion , convertida en el oriente á nuevos y mas grandes objetos. Pasaron al Asia á construir instrumentos, máquinas , y obras militares de ataque y de defensa. Entre estas la construccion de un alto y fuerte castillo apuraba todos sus esfuerzos: en ella se cifraba la suma de su pericia ; y de ella pendia toda su reputacion : porque al fin á esta especie de obras se debió la expugnacion de las ciudades de Nicea , Antioquía, Jerusalen y otras ; y á ellas las grandes conquistas acabadas tan gloriosamente en Cilicia, Palestina , Syria y Egipto. ¿Que no harian, pues para perfeccionarla unos hombres á quienes el interes, la gloria , y el entusiasmo religioso aguijaban á un mismo tiempo?

Para dar una exâcta idea de estos castillos copiarémos la descripcion que hace la

historia de Ultramar del primero que se construyó en oriente por arquitectos europeos, en el cerco de Nicea. Tratando de la angustia en que se hallaban los sitiadores para preparar el asalto de tan fuerte ciudad, dice al lib. 2. cap. 226. "E estando así vino á ellos „un hombre de Lombardía que habia nom„bre Cisamás, é díxoles que era buen *maes„tro de engeños*, é si le diesen todo lo que „hobiese menester que haria un engeño tan „fuerte que non temeria ninguna cosa que „los de dentro pudiesen hacer, así que en „pocos dias les derribaria la torre, ó haria „tan gran portillo en el muro, por el qual „los de la hueste podiesen entrar por la Vi„lla por llano. Quando los hombres buenos „oyeron esto plugoles mucho, é mandáron„le dar todo lo que pidiese, é demas pro„metiéronle que si él lo acabase que le da„rian muy gran galardon. E él tomó luego „muchos maestros, é mandó cortar mucha „madera, é muy gruesa, así que en po„cos dias hobo hecho un castillo muy gran„de, é muy fuerte que habia 24 brazadas en „alto, é 14 de ancho, é habia *colgadizos* así

»como portales que cobrian las ruedas de »diestro é de siniestro, de 4 brazadas en an»cho, é de alto 7: é allí iban los hombres »que empujaban las ruedas é allanaban el »camino por donde iba el castillo. E el cas»tillo habia 4 *sobrados* de que podrian com»batir los que en él estuviesen, é tirar de »ballestas é de hondas: é en cada *sobrado* »habia una escalera por do subian al muro, »ó las otras torres. *E en lo mas alto puso un »árbol así como de nave pequeña*, *é encima de »él habia un cadalso en que podrian estar dos »hombres que verian quanto se hiciese en la Vi»lla*, é cada vez que veian que se armaban »los de dentro para venir al castillo daban »voces á los de la hueste de manera que los »podian acorrer. E despues que metió ay hom»bres de armas quantos entendió que era »menester hízolo llegar el Conde de To»losa á la gran torre del alcázar que él »combatia."

Mas por robustas que fuesen estas fortalezas movibles, tardó poco la experiencia en demostrar quan embarazosas y débiles eran para tan arduas empresas. Por esto, sin de-

xar de usarlas en las de menor monta, empezaron los cruzados á construir sus castillos en firme sobre cimientos de mampostería hasta cierta altura, levantando despues las torres de madera y multiplicándolas segun la exîgencia de las empresas. La misma historia lib. 2. cap. 61. (7). habla entre otros de uno muy grande y fuerte que en la faccion de Antioquía mandó construir el Conde de Tolosa: en el qual, no solo eran de mampostería el cimiento y las cortinas, sino tambien las ocho torres que le guarnecian, sobre las quales se alzaban despues los cadalsos de madera.

Ni puede dudarse que eran mas altos y fuertes todavía los que se levantáron sobre

(7) „E tambien pagaba muchos é grandes jornales á ofi„ciales é obreros de carpintería, é albañiles: los unos ha„cian la caba, é los otros labraban el muro, é las torres „del castillo: Otrosí á los que hacian la cal, é á los que „dolaban la madera para hacer los cadahalsos encima de „las torres. E en tal manera acució la labor que en seis se„manas fué hecho todo el castillo, é hobo en el ocho tor„res é los cadahalsos puestos encima allí dó convenia, to„do aderezado de lanceras, é saeteras, é de todas las otras „cosas que habian menester para defenderse.

Jerusalen (****) puesto que los medios del ataque debian crecer con los de la defensa ; y la de la santa ciudad fué la mas tenaz y vigorosa de todas. Desde ellos , no solo se batieron los muros con el ariete y manganillas , sino tambien las torres de otros castillos que los sitiados habian alzado para batir los nuestros , contra los quales extendieron su rabia hasta usar del *fuego griego* para incendiar las máquinas : obligando así, con el vigor de la defensa á engrandecer y redoblar las máquinas de aquel felíz y glorioso ataque.

Nos hemos detenido en esta descripcion para declarar mas y mas la forma de las fortalezas de oriente y hacer las deducciones que sean mas de nuestro propósito , y que por ahora reducirémos á dos : primera , que siendo uno de los objetos á que se destinaban las torres observar todos los movimientos de los sitiados, era preciso que dominasen , no solo los muros , sino tambien lo mas interior de las ciudades , y esto prueba quanta debia ser su altura : segunda , que no

(****) Véase lib. 3. c. c. 15. 17. y 31.

siendo verosimil que el cadalso, levantado para los vigias se pudiese sostener sobre la punta del árbol, ó mástil de que habla la descripcion del castillo de Nicea, es preciso suponer que estuviese como al tercio, ó á la mitad de él; en cuyo caso solo podria afirmarse por medio de *tornapuntas* ligados desde su circunferencia al ápice del mástil, ó bien con largas y fuertes amarras que hiciesen el mismo oficio. En ámbos casos resultaria una figura *piramidal* semejante á la que hace la mas alta cofa de un navío hasta el gallardete, ó á la aguja de una de nuestras torres.

Ahora bien: fórmese la idea que se quiera de la figura exterior de estos castillos flanqueados de altas torres con terminacion piramidal, y al instante se hallará la índole de la arquitectura *gótica*, ó *tudesca*, y una clara analogía con el gusto de sus edificios sagrados. En efecto ¿que otra idea ofrecen á la vista nuestras grandes catedrales? Su fortaleza exterior, su incomparable ligereza, y la altura y gentileza de las torres colocadas á sus ángulos no presentan un fiel remedo de

los castillos de Ultramar? Pongamos por exemplo la célebre Iglesia de Burgos, cuyo dibuxo se halla publicado en el tom. 26. de la E. S. y en el 12. cart. 2. del Viag. de Esp., y si por un instante se prescinde de su grandeza y la delicadeza de su trabajo, ¿quien desconocerá el modelo de donde se tomó aquel atrevido y ligerísimo carácter que la distingue, así como las demas de su especie, de quantos edificios conoció la antigua arquitectura de las naciones cultas?

Bien conocemos que nuestras iglesias trabajadas con un espíritu, un dispendio y una diligencia prodigiosos, y destinadas á usos mas augustos y pacíficos, deben distinguirse en muchos puntos de las fortalezas del oriente. Pero rogamos á nuestros lectores que reflexîonen dos cosas: primera, que ahora solo tratamos de buscar el modelo de su carácter general y no del por menor de su ornato: segunda, que este modelo empezado á imitar en el siglo XII, y aplicado despues por un siglo entero á edificios de diferente índole y destino debió sufrir grandes alteraciones, singularmente en las partes accesorias y de puro ornato.

Esta reflexîon nos conduce á otra harto obvia, y sin embargo nueva si no nos engañamos, y es la que ofrece el paralelo de la altura y riqueza de nuestras torres góticas con su inutilidad. Ellas son, así como la mas noble, la menos necesaria, ó por mejor decir la mas inútil parte de los edificios sagrados. ¿De que sirven en nuestras catedrales estas moles altísimas, tan dispendiosas, tan arriesgadas y multiplicadas tan en vano? Diráse que de puro ornamento, y así lo creemos: ¿pero de donde vino el gusto de este ociosísimo ornato? Es preciso buscarle un orígen, ó en la necesidad, ó en el capricho; y no teniéndole en la primera, debemos atribuirle al segundo y rastrear la razon que le inspiró. La imitacion tan natural y tan grata al hombre es la primera que ocurre, singularmente en las artes, y mas singularmente en la arquitectura, que si bien toma sus modelos de la naturaleza, no se esclaviza á sus formas, como la pintura y escultura. ¿De donde pues pudo venir la idea de aplicar estas torres al ornato de nuestras iglesias?

La antigüedad griega y romana no cono-

ció las torres en sus templos, y aunque los egipcios levantaban obeliscos en los suyos, colocando dos á los lados de cada puerta (*****) se sabe que habia una razon particular para este ornato. Los obeliscos eran una substitucion de las antiguas *columnas literarias*, ó sea geroglíficas, y se destinaban como ellas á escribir y conservar hechos y memorias muy importantes (******). Por otra parte siendo unos cuerpos simples, aislados, y exîstiendo acaso muy pocos en pie por el siglo XI. mal pudieron servir de modelo á nuestras torres.

No las conoció tampoco la arquitectura *griega* de la media edad, pues la iglesia de S. Sofia construida, ó al menos renovada á fines del siglo IX. no tiene torre alguna, y las agujas que hoy la adornan terminadas en medias lunas son probablemente del siglo XV. ó tal vez posteriores, añadidas por los Turcos despues de la conquista de Constantinopla.

(*****) *Ricerche sull' Arquitettura Egiciana del signor* Giuseppe del Rosso. Firenze. 1787. pag. 39.

(******) Vease el lugar de Tácito arriba citado, y la interpretacion que hicieron á Germánico los Sacerdotes de los geroglíficos del gran templo de Thebas.

Ni la arquitectura de que hablamos en la nota IX. usó jamas de torres, no mereciendo este nombre los humildes campanarios, que contenidos en los límites que les señaló la conveniencia con su destino, no se atrevieron á erguirse hasta despues del siglo XI.

Los árabes en fin no las usaban en sus mezquitas; y ni las atalayas militares, ni las torres religiosas destinadas á convocar á las preces públicas, unas y otras de forma y gusto muy diferentes del *gótico*, y siempre separadas de los templos, pudieron ser modelo de nuestras torres.

Es por lo mismo muy verosímil que este se tomase de las fortalezas orientales: congetura tanto mas probable quanto los primeros arquitectos eran ingenieros, principalmente exercitados en la construccion de estos edificios, y muy expuestos á conservar en los civiles las formas que la necesidad les habia hecho dar á los militares. Creemos, pues que la conservaron, engalanando las iglesias con accesorios de la misma índole, que el espíritu, la piedad y el gusto de aquel pais y aquella época llevaron hasta un extre-

mo de abundancia y delicadeza que no cabian en la estrechez de las ideas del occidente.

Si nos dominase el espíritu de sistema, buscaríamos tambien en estos mismos castillos los typos de todo el ornato *gótico*: haríamos venir sus altísimas columnas de los postes, ó pies derechos, ya solos, ya agrupados, sobre que se levantaban las torres y cadalsos de madera: los arcos agudos, de los tornapuntas obliquamente colocados para sostener las vigas orizontales, y ayudarlas á llevar el peso: las bóvedas, de la continuacion de estos apoyos de torre en torre, y las faxas que las abrazan interiormente de las cimbras sobre que se hubiesen construido. Pero hallando en el ornato *oriental* typos mas aproxîmados á las partes del *gótico*, nos parece mas probable referirlas á ellas, siguiendo la máxîma que hemos establecido de buscar las alteraciones del arte en el arte mismo.

La forma piramidal que tanto caracteriza el gusto *gótico*, así en el todo, como en las partes de sus edificios, no tiene un mismo orígen. En quanto al todo y partes mayores hemos dicho ya bastante para que no se de-

rive esta forma sino de las torres militares. La del castillo de Cisamás tenia su terminacion piramidal como ya hemos dicho; y este castillo, como el primero fué probablemente modelo de todos los demas, singularmente en las partes necesarias, y que tenian un destino de perpetua utilidad. De ahí es que esta terminacion vendria á ser comun á todas las torres militares, y por consiguiente que nuestras iglesias, no solo tomasen de ellas aquel ayre de gentileza, que las caracteriza, sino tambien la forma piramidal para la terminacion de sus torres y otras partes menores de su ornato. Sin embargo hay algunas de estas en que columbramos otro orígen mas señalado y las irémos reconociendo brevemente.

Creemos que las columnas *góticas* se hayan derivado de la arquitectura *griega* de la media edad, en la qual se ven algunas muy semejantes á ellas. Citarémos todavía la iglesia de S. Sofia, (8) donde, sin embargo de ser

(8) Poseemos un exâctísimo dibuxo de esta iglesia, trabajado baxo la direccion del Xefe de Escuadra D. Gabriel Aristizabal en 1784, y hubieramos pensado en publicarle,

un edificio robusto, y tal vez pesado, el fuste de las columnas que sostienen la galeria interior que corre en derredor y por fuera del presbiterio excede mucho los módulos del órden corintio, pues consta él solo de 10 diámetros, y la proporcion total de la columna es de 16 á 17 módulos: pareciendo aun mas esvelta y ligera á la vista, por su altísima base. Esta, que es doble y redonda, se compone de dos cuerpos de figura de redoma colocados uno sobre otro, y sobre la boca del mas alto y pequeño se apoya una especie de collarin, ó por mejor decir, la verdadera y propia base de la columna, pues los cuerpos inferiores son dos plintos, ó mas bien dos zócalos. El capitel tira á la forma del corintio, aunque muy alterada, y todo esto se acerca mucho al carácter mas comun de las columnas *góticas*. Varias pilastras que se ven en lo mas interior tienen la misma ligereza de carácter, aunque apoyadas sobre basas mas regulares.

si no estuviese destinado á ilustrar las relaciones de la curiosa expedicion hecha aquel año á Constantinopla, de órden de S. M. al mando de aquel sabio general, cuya edicion está en la prensa.

Todos saben que las columnas egipcias eran por lo comun de solos 5 diámetros; y aunque los viajeros han reconocido algunas de 7 : esta proporcion es muy rara, y comprehende, no solo el fuste, sino tambien el capitel. Los Griegos, que abrazaron al principio la proporcion de la columna egipcia, fueron despues aumentándola; pero nunca pasaron de 10 diámetros, y eso en el corintio, el mas delicado y gentil de sus órdenes. Los Romanos fueron solo sus imitadores. No hay, pues, que buscar en una, ni en otra arquitectura el modelo de las columnas *góticas*.

Es verdad que los Arabes dieron mas diámetros al fuste de sus columnas (9), y que alguna vez usaron de base redonda; pero el uso comun del capitel quadrado, de columnas sin base alguna, el de parearlas muchas veces, apoyando sobre una misma base dos, ó tres, pero sin unirlas, ni agruparlas; y sobre todo su forma mas regular y sencilla que la de las *góticas* nos obliga á referir estas mas bien á

(9) La proporcion de las columnas del patio de los Leones del Alhambra está como entre 12 $\frac{1}{2}$ y 13 diámetros, inclusos base y capitel.

las *griegas* de la edad media que á las *árabes*.

Otra señal caracteriza mas determinadamente la columna *gótica*, y es la de usarse casi siempre en *grupos* y rara vez *aislada*, como en testimonio de su flaqueza. En esta parte el capricho cedió solo á la necesidad, pues quando la índole del edificio lo permite se halla preferida la columna *sola y aislada*, como en la bella lonja de Valencia. Sin embargo, en otros edificios y particularmente en las Catedrales están por lo comun agrupadas en gran número, ya unidas en haces y enlazadas entre sí, ya en derredor de un fuste, ó machon que se esconde en su centro. Obligados los arquitectos á fortalecer las partes de apoyo en razon de la desproporcionada altura y peso de sus edificios, ó debian aumentar el diámetro al fuste de sus columnas, ó repartir entre muchas el oficio para que era insuficiente una sola. Prefiriéron, pues, este partido, el qual, sin alterar la forma alta y ligera de su columna conservaba aquel ayre de gentileza y gallardía que tan ansiosamente buscaban en sus obras.

Dígase, si se quiere, que este gusto pudo

tomarse tambien de las fortalezas de madera, donde muchas veces seria menester *agrupar* en gran número los pies derechos para sostener lo edificado sobre ellos: á lo qual pudo obligar, tanto la altura de las torres, quanto la falta de grandes y robustos árboles que no siempre se hallarian á mano. Esta razon de analogía parecerá menos débil si se reflexîona: primero, que el uso de columnas en *grupos* no se descubre en ninguna otra especie de arquitectura: segundo, que los hombres solo inventan y crian quando no tienen que imitar.

Por este principio nos inclinamos á creer que el arco *gótico ó punteado* se copió de la arquitecrura *egipcia*. Segun el señor Jusepe del Rosso los Egipcios no sabian cortar las dobelas en semicírculo, ni conocieron el arco *redondo*, del qual asegura no hallarse un solo exemplo en toda aquella region (10). Nosotros entendemos esto de las obras genuinas de arquitectura *egipcia*, y no de las que los

(10) *Habiamo digia detto che non sapevano centinare le pietre per fare gli archi alle porte, de' quali non se ne scorge alcun' in tutto l' Egitto.* Part. I. cap. II. pag. 159.

Griegos y Romanos alzaron despues allí: pues aunque los primeros tomaron de los Egipcios el arco *agudo*, tardaron poco en desecharle, inventando el *redondo*, y perfeccionándole y acomodándole á sus órdenes; y los segundos que en lo antiguo usaron de un arco extremamente rebaxado, como se ve todavia en los puentes *Nomentano y Salaro*, y en las puertas *Pia* y *Chiusa* de Roma (*******), adoptaron tambien el redondo de los Griegos, y solo usaron de él, aun en la decadencia de su arquitectura.

Es verdad que los Arabes conocieron y usaron el arco *agudo*: pero sobre ser de diferente carácter que el *gótico*, solo le vemos en ventanas y puertas interiores, y entónces muy desfigurado con picaduras y recortes en medias lunas que giran por las dobelas de imposta á imposta (11). Por otra parte hallamos que los Arabes inventaron para su uso el arco

(*******) Véase la coleccion del Vasi. tom. 5. lam. 82. y y 83. y tom. 1. lam. 4. y 5.

(11) Tales son los arcos de la Capilla del Alkoran en la Catedral de Córdoba, y algunos del patio de los Leones del Alhambra de Granada.

de *herradura*, esto es, aquel en que corrido el medio círculo hasta salir fuera de la imposta, acaba formando la figura de media luna, tan misteriosa y grata entre los Mahometanos. Este era el arco propio y característico de la arquitectura *árabe*, como se puede ver en la coleccion de nuestras antigüedades de Córdoba y Granada; y dista demasiado del simplicísimo arco *piramidal* para creer que hubiese servido de typo al *gótico*.

Es posible que los Fenicios, los Persas, ó otros pueblos de oriente hubiesen usado del arco *agudo*, mas no por eso dexarémos de preferir el orígen egipcio, seguros de no engañarnos mucho: pues quando este arco fuese conocido en otros pueblos orientales siempre se habria tomado de la arquitectura *gitana*, madre de todas las que merecieron este nombre en el antiguo oriente.

Solo advertirémos que el arco egipcio no tenia mas uso que en las puertas. Eran estas muy altas y grandes, porque no usando aquella nacion de ventanas en sus templos, servian tambien para dar alguna luz al interior de ellos. El orígen de su forma se debe buscar

en los tiempos en que los edificios eran de madera. Entonces los tornapuntas apoyados obliquamente sobre las jambas, para sostener el gran dintel producian la forma *piramida* que despues se copió en el uso de la piedra. De esta forma, segun el sabio Pocock (********) eran las enormes puertas del templo de Tebas y las de todos los monumentos reconocidos en aquella region.

Hay sin embargo en el *gótico* una especie de arcos que debemos derivar inmediatamente de los Arabes, y son los arcos *dobles*, ó mas bien *triples* que freqüentemente se ven en lo edificios *góticos*, no solo en ventanas, sino alguna vez en puertas. Dos arcos pequeños unidos entre sí se apoyan en el centro sobre una misma columna, y en los extremos sobre las impostas de un arco mayor que los cobija dentro de su diámetro. El vacío que queda entre las dobelas exteriores de los pequeños y la interior del grande se rellena con trepados y lazos calados del gusto arabesco. Muchas veces se unen en el *gótico* un gran

(********) Descript. of. the Easth. Vol. 1.

número de estos arcos pequeños continuados á la sombra de otros mas grandes que los señorean y abrigan, como se vé en las ventanas altas de la Catedral de Burgos. En fin la semejanza de estos arcos en ambos modos de edificar, no dexa duda alguna en la identidad del typo que siguió el mas reciente.

Otro tanto se puede decir de casi todo el ornato menudo del *gótico*. La filigrana de su escultura, los calados de ventanas y claraboyas, los trepados y labores de lazos y nudos tienen su typo mas ó ménos señalado en el ornato *arabesco*. Hay sin embargo dos diferencias que no podriamos omitir sin mengua de la ilustracion de este punto. Primera, que los Arabes usaban de pocas ventanas y esas altas y estrechas: por el contrario los arquitectos européos, no solo multiplicaron y engrandecieron las suyas, sino que muchas veces perforaron los muros principales, como se advierte en los de la Catedral de Leon, aunque cerrados en parte, y como lo estuvieron tambien los de la de Oviedo, segun se colige de dos inscripciones que hemos copiado á otro fin, y que algun dia pu-

blicarémos. Segunda, que la escultura del ornato *arabesco* era del todo insignificante: pues no permitiéndo el Alkorán esculpir ningun viviente se dieron los Arabes á inventar lazos y figuras de puro capricho, sin objeto, ni significacion alguna, y muchas veces se valieron de las letras floreadas, haciéndolas servir al ornato, al mismo tiempo que á la vanidad y devocion de los dueños de obra. No así los arquitectos *góticos*, cuya escultura imitó freqüentemente la figura humana en el adorno de sus puertas, y alguna vez convirtió los apóstoles en estípites, para sostener los arcos *dobles*, como se ve en las ventanas de la Catedral de Burgos ya citadas. ¿Por ventura imitaron en esto nuestros ingenieros el órden *pérsico* en que se representaban prisioneros, ó esclavas *cariátides* sosteniendo las fábricas? ó á los Egipcios, cuyos edificios estaban llenos de geroglíficos en que hacia gran papel la figura humana? ¿ó bien siguieron á los Griegos de la media edad, quando la *imaginería* estaba en grande uso, como resulta de uno de los testimonios arriba citados? No lo decidamos todo: nuestros lectores serán

mejores jueces en este punto.

Tampoco decidirémos sobre el orígen de aquella parte del ornato *gótico* que consiste en ciertos cuerpecitos redondos á manera de bolas, ó cabezas que se ven en lo interior de los arcos, en los ángulos de agujas y pirámides, y en otros de sus miembros. En quanto á esto no podemos dexar de adoptar las congeturas de un erudito escritor de nuestros dias. "Pero esas crestas (dice el autor del *Gabinete de Lectura Española*, al número 3. de su obra períodica, pág. 15.) no podrán ser una „ significacion poética ó traslaticia de las tor- „ res orientales de triunfo, y de las paredes „ donde clavaban ó colgaban las cabezas de „ los enemigos? Semejante ostentacion de „ triunfo es trivial entre los orientales. Los „ Persas han hecho montones *piramidales*, ó „ torres de las cabezas de sus enemigos, „ &c. (11)."

(11) Otras muchas reflexîones en apoyo del orígen oriental que damos á la arquitectura *gótica* se podrán ver en esta obrita, á la qual confesamos haber debido mucha luz para seguir la penosa carrera en que nos empeñó nuestro sistema.

En confirmacion de esto notarémos que semejante uso fué propio tambien de los Arabes, pues solo así se puede explicar aquel cuidado con que los Generales de sus exércitos recogian gran número de cabezas de los vencidos para celebrar sus victorias. Estas cabezas se enviaban á la Corte de los Despotas y otras partes , sin duda para ostentar y extender la gloria del triunfo. El Arzobispo D. Rodrigo , despues de contar la rota de Maroan por el exército de Abdalla. *Tunc* (dice cap. 18. H. A.) *capita magnatorum ad Abdallam dirigunt quasi xenia prætiosa* ; y refiriendo otra célebre rota al cap. 27. *et fecit*, dice , *rex Mahomat multa capita detruncari quæ Cordubam , et ad maritima , et in Africam pro victrici gloria destinavit.* Y en el mismo capítulo : *Toletani* , dice , *Talaveram invadere præsumpserunt : sed egressus Princeps qui præerat Talaveræ venientes congressu obvio debellavit et pluribus captis et interfectis usque ad* 700. *capita occisorum Regi Cordubam destinavit.* ¿ A que , pues , vendria este inmenso acopio de cabezas, sino para adornar con ellas sus torres y edificios públicos?

La costumbre de acinarlas en montones piramidales aun está en vigor en Africa. Un horrible y reciente exemplo de ella leímos en el diario de Madrid de 19 de Abril de 1788, Un reyezuelo de Antabár habia mandado prender 270 de sus súbditos por sospechas de infidelidad. Intercedió por ellos un tratante de negros que allí estaba, y se le ofreció el perdon siempre que dentro de tres dias pareciese algun navío que los comprase. Pasados varios plazos "*¡qual seria mi sorpresa*, dice
»este negociante, *quando á la mañana siguien-*
»*te ví delante del palacio tres montones de ca-*
»*bezas humanas, colocadas á modo de balas de*
»*cañon en las baterías*!

¿Y que diríamos, si ciertos cuerpecitos salientes á manera de garfios con que se vén adornados los ángulos de las agujas de algunas torres *góticas*, por exemplo en la catedral de Burgos, significasen las escarpias, ó ganchos en que estas cabezas se colgaban? Pero desconfiemos de las ilusiones sistemáticas.

Fácil seria extender nuestro análisis á otras partes pequeñas del ornato *gótico* : mas ¿quien

podria seguir tantos y tan menudos objetos, sin experimentar aquel *sectantem levia* de Horacio? Concluyamos, pues, satisfaciendo á una objecion general que se puede oponer á nuestro sistema.

¿Como es posible, se dirá, que los arquitectos de occidente, tan rudos é ignorantes, de tan estrecho espíritu y tan pobre imaginacion como se los supone, hubiesen criado una arquitectura, cuyo carácter se distingue por la osadía, grandeza y gallardía de sus edificios? Respondemos que esta revolucion se hizo como otras muchas: como casi todas las que presenta la historia de las artes.

El espíritu humano, cobarde y perezoso en el estado de quietud, se hace impetuoso y atrevido quando algun grande estímulo le aguija. En los arduos empeños busca y encuentra en sí mismo fuerzas que antes no conocia, y en medio de grandes y peligrosas escenas corre denodado donde le llaman la necesidad y la gloria. Entónces el corazon le ayuda, acalla las sugestiones de la fria prudencia, y sin ver mas que la gloriosa perspectiva que se le presenta, se lanza allá por

medio de los riesgos y sobre los obstáculos que se le oponen. Semejantes situaciones son las que han desenvuelto los mayores talentos, y han producido en el mundo las mas altas hazañas y las mas heroycas virtudes.

Tal era la que encendió y engrandeció el espíritu de nuestros arquitectos. ¿Que empresa ofrece la historia mas grande que la guerra de Ultramár? ¿Pudo abrirse á los ojos de un Européo de entónces escena mas nueva, mas gloriosa? Tantas y tan varias naciones puestas en movimiento: tantos príncipes, tantos y tan poderosos señores, prelados y caballeros unidos para una misma empresa: tantas batallas, tantos y tan peligrosos encuentros heroicamente vencidos: tantos pueblos sujetos, tantas ciudades conquistadas, tantos principados y señoríos levantados: en una palabra, ganado el grande objeto de tantos afanes, á despecho del poder, y con mengua de la gloria de los temibles Despotas del oriente: ¡que influencia no tendrian en el corazon de los agentes de tan maravillosa conquista! Que revolucion no causarian en su espíritu, en sus ideas!

Mídanse por aquí las de los arquitectos européos. Trasladados repentinamente á un país culto, el mas propicio á las artes, y cubierto de insignes monumentos del antiguo y presente poder asiático: puestos en medio de las magníficas escenas que abrió aquella santa guerra y en que fueron tan gran parte; y arrastrados como los demas del entusiasmo religioso, y de la doble ambicion de gloria y de fortuna, su espíritu no pudo dexar de henchirse de aquel carácter osado, grande y amigo de la pompa y gentileza que distingue entre todas la arquitectura que inventaron.

XII.

La arquitectura llamada *gótica* tuvo de duracion tres siglos: nació con el XIII. como hemos probado en la nota X. y ahora podemos decir que acabó con el XV. Es verdad que hay fábricas insignes de este género trabajadas en el siglo XVI. por exemplo las bellas Catedrales de Salamanca y de Segovia, obras de los dos Hontañones, Juan y Rodrigo Gil, padre y hijo: mas el primero de ellos, por su edad y doctrina pertenece rigorosamen-

te al siglo anterior, así como el segundo á la época de la restauracion de la arquitectura que nació con este, por haber sido uno de los que primero adoptaron y cultivaron el nuevo estilo.

En efecto los viajes de muchos artistas españoles á Italia á la entrada del 1500, el gusto y la doctrina traidos de allá y difundidos entre nosotros, y los dogmas de Vitrubio publicados en lengua vulgar, ayudados del Consejo y exhortaciones de Diego de Sagredo (1), y autorizados con el exemplo de los mas famosos arquitectos de aquel tiempo pusieron en descrédito la *manera gótica*, y aceleráron el renacimiento de la arquitectura grecoromana. Los *typos y proporciones* de los antiguos órdenes se ven ya en muchos edificios del primer período de aquel siglo: bien que algo alteradas las formas de los primeros, y no muy rigorosamente observados los *módulos* de las segundas. Sobre todo se distinguió este nuevo estilo por los

(1) La obra de Diego de Sagredo intitulada: *Medidas del Romano*, se imprimió por la primera vez en Toledo en 1526.

accesorios de escultura, que aunque de buen orígen, de buen gusto y de bonísima y diligentísima execucion, eran impropia y muy pródigamente aplicados á la arquitectura, y en lugar de enriquecerla la hacian confusa y mezquina.

No fuimos ciertamente nosotros los que ofuscamos su esplendor con estas nubes, venidas tambien de Italia en uno con la luz de los buenos y sólidos preceptos. Por otra parte la escultura se habia hermanado tanto con la *manera gótica*, y esta dádose tanto en su vejez á engalanarse con ella, que era muy difícil desprender de todo punto á sus apasionados de la aficion que le habian cobrado. Por fin este capricho pueril pasó con la primera edad de la renacida arquitectura: la qual baxo las sabias manos de Villalpando, Toledo y Herrera apareció ya con aquella robusta y sencilla magestad que habia tenido en sus mejores tiempos. De este modo una bella matrona, contenta con el noble y sencillo adorno que conviene á su estado y su decoro, abandona con desden los galanos y superfluos atavios que tanto la

desvanecieran en sus años juveniles.

Entraria yo gustoso á investigar las causas de esta revolucion, y á señalar su principio y progresos mas detenidamente, si no supiese que me ha precedido en este empeño uno de aquellos literatos que nada dexan que hacer á otros en las materias que ilustran, y cuyas obras llevan siempre sobre sí el sello de la perfeccion. El público tendrá algun dia acerca de este punto, y los demas relativos á nuestra arquitectura en las épocas de su restauracion y última decadencia, mucho mas de lo que puede esperar, quando el sabio y modesto autor de la obra intitulada. *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España desde su restauracion*, le haga participante del riquísimo tesoro que encierra. Los hechos y memorias mas exâctas: las relaciones mas fieles y completas: los juicios mas atinados y imparciales se encuentran allí escritos en un estilo correcto, elegante y purísimo, apoyados en gran copia de documentos raros y auténticos, y ilustrados con mucha doctrina y muy exquisita erudicion. Por eso nos abstenemos de próposito de entrar en tales

indagaciones ; pero miéntras nos dolemos de que la nacion carezca de esta preciosa obra que un dia le hará tanto honor , queremos tener el consuelo de anunciársela , anticipando al público tan rica esperanza y al autor este síncero testimonio de aprecio y gratitud á que su aplicacion y talentos le hacen tan acreedor.

XIII.

Aunque ennoblecida por Herrera la arquitectura , y difundidas sus buenas máxîmas en toda España por sus imitadores y discípulos desde la mitad del siglo XVI. todavía quedó en algunos profesores la manía de cargarla con adornos de escultura agenos de su pureza y magestad. Esta manía se descubre mas abiertamente en los retablos y obras de madera: sin duda porque la facilidad de entallarla ayudaba á la conservacion de las antiguas ideas. A semejante principio atribuimos los fustes calzados de grotescos en su último tercio, y el uso de este adorno en el vano de los pedestales , en frisos , entablamentos y otros miembros menores. De esto se encuentra bastante en retablos , púlpitos , y sillerías de coro del mis-

mo siglo XVI. y mucho mas en el XVII.

Pero hácia la mitad de este último, no solo habia perdido su sencillez la arquitectura, sino que empezaba ya á peligrar su decoro, pues se habian introducido en ella, sobre aquellos adornos impropios otros, espurios y monstruosos que la obscurecian y mancillaban. Las licencias del Borromini, primer autor de esta corrupcion en Italia, segun Milizia, habian pasado el golfo y cundido rápidamente por España, donde las puso en crédito ¿quien lo creeria? un Herrera, D. Sebastian Herrera Barnuevo, arquitecto, pintor, escultor y maestro y trazador de obras reales. Tantos títulos eran necesarios para autorizar la nueva y pestilente doctrina *borrominesca* (1).

(1) Los aplausos que lograba en Roma el Caballero Bernini en el último tercio del siglo XVII. irritaron el genio fogoso de Francisco Borromini, su contemporáneo, su compañero, y al fin su émulo y competidor. Bernini, así como otros grandes genios, sufria con impaciencia el yugo de los preceptos y se daba tal vez á ciertas licencias que su reputacion hacia entónces admirables, pero que la posteridad le notó como otras tantas flaquezas. La grande obra de la confesion de S. Pedro tan cacareada de los Romanos por sus columnas espirales, ó *sa-*

Muchos sectarios la abrazaron, la difundieron y ampliaron en el reynado de Cárlos II. haciendo caer la arquitectura en un carácter tan plebeyo y mezquino que anunciaba ya la funesta depravacion á que llegó en el próxîmo siglo. ¿Quien puede ver sin cólera, ó por lo ménos sin lástima en el sitio mas noble y público de Madrid, en medio de su magnífica y espaciosa plaza un edificio real de tan humilde y ruin aspecto como la casa de la Panadería? Tal era el espíritu de Donoso su autor, uno de los mas sobresalientes arquitectos de aquel reynado. La casa de Monserrate en la

lomónicas, y por la profusion de sus adornos, aparecen ya como defectuosas, y reprehensibles á los ojos amantes de la sencilla magestad del arte. Borromini que no pudo igualarle en genio y en pericia, le excedió mucho en extravangancia, y le arrebató la triste gloria de fundar una nueva secta. Quien desee de esto noticias mas puntuales vaya al Milizia, y las encontrará en la obra que hemos citado á los artículos Borromini y Bernini.

Quando florecian estos artistas en Roma estuvo allá nuestro Ximenez Donoso, y admiró las ligerezas del uno, y los extravios del otro. He aquí como vino á nosotros esta peste. El autor de la obra que citamos en la nota XII. ilustra muy juiciosamente este punto.

calle de Atocha que tenemos por suya, y la portada de San Luis, cuyas columnas están labradas á facetas qual si fuesen diamantes de Golconda, no desmentirán ciertamente los quilates del talento que mostró este arquitecto en las rúbricas y moñitos con que adornó el palacio de la Panadería.

En otra parte hemos atribuido esta decadencia á los pintores de escenas y decoraciones para el Buenretiro, entre los quales sobresalieron D. Francisco Ricci que fué muchos años Director de aquel teatro, segun Palomino, y el nombrado D. Joseph Ximenez Donoso. Una razon harto probable puede confirmar nuestra antigua opinion, y es que reducido un pintor á representar cuerpos grandes en un espacio de corta altura y extension, ó ha de suplir este inconveniente por medio de la magia de la perspectiva, ó caer irremediablemente en el mezquino. El abreviará las partes grandes de los edificios, reducirá sus proporciones, aumentará los adornos accesorios, y queriendo encerrar mucho en poco, nada producirá de magestuoso y de grande. Ricci, Donoso y otros, aunque llamados por

Palomino célebres *perspectivos* no eran á nuestro juicio muy perítos en este ramo de las ciencias matemáticas, ni comparables á D. Alexandro Velazquez, ni á los hermanos Tadei. Por eso presentaban á la vista enanos quando pensaban producir gigantes.

Ni á la verdad era este vicio suyo, sino del siglo en que vivieron. La eloqüencia, la poesía, la política, y aun las ideas religiosas de aquel período tenian el mismo carácter. ¿No es verdad, mi querido lector, que las metáforas hinchadas, los versos rimbombantes, los proyectos quiméricos, las hechicerías y diabluras áulicas presentan á la sana razon la misma mezquinería gigantesca que caracteriza los edificios de Barnuevo, de Ricci y de Donoso?

XIV.

A tantos errores y licencias como dexamos indicados en la nota precedente ¿que podia suceder sino los barbarísimos, las insolencias, y las heregías artísticas que se vieron á la entrada de nuestro siglo? Por fortuna no es necesario hablar mucho de ellos, puesto que están á todas horas y en todas partes á la vista

de todo el mundo. Cornisamentos curvos, obliquos, interrumpidos y undulantes: columnas ventrudas, távidas, opiladas y raquíticas: obeliscos inversos substituidos á las pilastras: arcos sin cimiento, sin base, sin imposta metidos por los arquitrabes, y levantados hasta los segundos cuerpos: metopas ingertas en los dinteles, y triglifos echados en las jambas de las puertas: pedestales enormes sin proporcion, sin division, ni miembros, ó bien salvages, satyros, y aun ángeles condenados á hacer su oficio: por todas partes parras y frutales, y páxaros que se comen las uvas, y culebras que se emboscan en la maleza: por todas partes conchas y corales, cascadas y fuentecillas, lazos y moños, rizos y copetes, y bulla y zambra y despropósitos insufribles: hé aquí el ornato, no solo de los retablos y hornacinas, sino tambien de las puertas, pórticos y frontispicios, y de los puentes y fuentes de la nueva arquitectura *diez y ochena.*

A esta pésima *manera* se ha dado el título de *churrigueresca*, y no con gran razon; porque D. Joseph Churriguera el padre, aunque

mucho, no fué tan desatinado en ella como otros, y sus dos hijos, desgraciados en la obra de Santo Thomas de Madrid, fueron á mancillar con los restos de su naufragio el decoro de Salamanca su patria. El mas frenético de todos estos delirantes fué D. Pedro de Ribera, maestro mayor de Madrid, mal empleado muchas veces por el digno y zeloso Corregidor Marques de Vadillo. Las fachadas del Hospicio, S. Sebastian y Quartel de Guardias de Corps, las fuentes de la Red de S. Luis, y Anton Martin, y el enorme Puente de Toledo con sus ridículos retablos y sus miserables torrezuelas hacen ciertamente su nombre mas acreedor que otro alguno al primer lugar en la lista de los sectarios de Borromini.

El arte de soñar á ojos abiertos que el tal Ribera acreditó en Madrid, cundió luego por todas partes y tuvo en las primeras ciudades de España los corifeos subalternos que hemos nombrado en el elogio. No hay para que buscar nuevas causas á esta depravacion, ni que atribuirla al dibuxo *chinesco*, á las estampas *augustales*, ni á otras igualmente pe-

queñas. Abandonados de todo punto los preceptos y máxîmas del arte : convertidos los albañiles en arquitectos y en escultores los tallistas : dado todo el mundo á imitar, á inventar, á disparatar : en una palabra perdida la vergüenza, y puestos en crédito la arbitrariedad y el capricho ¿qual es el límite que podian reconocer los ignorantes profesores?

Algun influxo pudo tambien tener en este mal el gusto literario dominante en aquel período : ¿Se quiere una prueba de ello? Pues léase la descripcion (1) de las fiestas de Toledo en el estreno de su monstruoso *Transparente*. ¿Quien no verá allí la analogía que se ocultaba en las cabezas del arquitecto y del poeta?

(1) Esta obrita impresa en Toledo en 1732. se intitula así: *Octava maravilla cantada en octavas rithmas. Breve descripcion del maravilloso Transparente que costosamente erigió la primada iglesia de las Españas.... Compuestas por el R. P. Predicador Fr. Francisco Rodriguez Galan. Panegiris......* Bomba ; y allá va una muestra de esta maravillosa y reverendísima composicion.

Al entrar á la descripcion artística del susodicho *Transparente* canta el Poeta:

Pero estas fueron las últimas boqueadas del espirante estilo *riberesco*, porque ya entónces estaba cercana la venida del Iuvarra á Madrid, al qual, á Saqueti, á la magnífica obra del nuevo palacio, y finalmente á la

Aquí pues erigió la arquitectura
á diestra proporcion de los niveles
maravillosa célebre estructura
de Lisipo emulada y Praxiteles:
pues en la ménos singular moldura
¡ó milagro fabril de los sinceles!
esculpir solo puede sus envidias
la diestra Guvia del famoso Fidias.

Despues, comparando el *Transparente* á otras mas pequeñas maravillas de arquitectura prosigue:

O tú bárbara Memphis, cuya vana
Piramidal grandeza altiva y fiera
olvidada de Rhodope liviana,
surcó zafiros de la azul esfera:
ó tú gran Babilonia la que ufana
lograste portentosa ser quimera.
Pues te puso Semíramis por muros
deslices tiernos de alabastros duros.

Al cabo de otros quatro ó cinco *Otues* y de otros mil y quinientos despropósitos se halla una escandalosa comparacion de las efigies de S. Leocadia y S. Casilda con una estatua de Venus, célebre en la historia de las artes griegas por los indecentes amores que inspiró:

ereccion de nuestra real Academia de San Fernando se debe el renacimiento de la buena y magestuosa arquitectura. Hemos dicho quanto le aceleró D. Ventura Rodriguez: pero no fué solo en este designio, porque le ayudaron otros buenos ingenios, con el exemplo, con la enseñanza y aun con la crítica. Entre estos es preciso contar á D. Diego de Villanueva, Director de arquitectura en nuestra Academia, y digno por cierto de alabanza por el valor con que zahirió y persiguió los restos del mal gusto, que aun se es-

la qual falsamente atribuye el poeta al Escultor Myron, en esta octava que debe ser célebre tambien por sus indecentes alusiones:

Mira Myron su injuria milagrosa
en dos estatuas del cincel, que ufano
labró en el mármol la disculpa hermosa
de aquella ceguedad de Selimbriano:
tan bellas que en sentencia litigiosa
para justificarse el Juez Troyano
dexára á Venus mas premiada y vana
partiendo á las efigies la manzana.

Hasta aquí pudieron llegar los desatinos poéticos del panegirista de Narciso Thomé y del digno competidor de sus delirios arquitectónicos.

condian en los talleres de los plateros y tallistas y de algunos arquitectos sus contemporáneos; y por la destreza con que supo embozar la buena doctrina, ya en alusiones agudas y festivas, y ya en alabanzas irónicas para que fuese, como fué, bien recibida. Su obra se intitula: *Coleccion de diferentes papeles críticos sobre todas las partes de la arquitectura. Valencia.* 1766. 1. *tom.* 8.

Ni podria yo sin injusticia dexar de alabar aquí á un hombre que perteneciendo á todas las bellas artes, porque todas las estudió, estimó y protegió, ha contribuido mas particular y señaladamente al mejoramiento y esplendor de la arquitectura, desterrando los *monstruos y vestiglos* que se habian apoderado de ella, y que echados de la corte se guarecian en las provincias, y pueblos mas distantes. Hablo del autor del Viage de España. Infatigable en el designio de descubrirlos y delatarlos al tribunal de la sana razon, sus descripciones exâctas, sus juicios atinados, sus exhortaciones, sus declamaciones, han logrado al fin hacerlos detestables en todas partes; y si bien no ha podido librar enteramen-

te de ellos las casas y los templos, por lo ménos logró que se les cerrasen para siempre sus puertas. Difundiendo hasta en las mas retiradas aldeas la luz de la buena doctrina, y ridiculizando las viejas y extravagantes preocupaciones, ha preparado los caminos á la legislacion que hoy trata con tan laudable zelo de arrancar de las manos imperítas las obras en que se cifran la seguridad y el decoro público.

Quisiera cerrar estas notas con el elogio de los sublimes genios que por la misma senda en que anduvo Rodriguez caminan aceleradamente á la gloria. Pero no es de mi instituto alabar á los arquitectos vivos. El tiempo llenará su reputacion y á su muerte podrán esperar otro órgano mas sonoro que el mio para conducir sus nombres á la inmortalidad.

Ite nunc fortes ubi celsa magni
ducit exempli via.

Sever. Boet. de Consol.

XV.

Con grande admiracion y encarecimiento hablan los antiguos escritores de las cloacas

de Roma, y particularmente de la *máxima.* Plinio (H. N. lib. 36. cap. 24.) las califica, diciendo que eran por confesion de todos la mayor obra que se habia hecho en Roma, y Harduin sobre el mismo lugar de Plinio cita las palabras con que Dionisio Halicarnaseo encareció su mérito. *Mihi sane*, dice, *tria magnificentissima videntur, ex quibus maxime apparet amplitudo Romani imperii, aquæductus, viæ strattæ, et hæ cloacæ.* En efecto solo en limpiarlas gastaron de una vez los Censores 1000. talentos, que segun el cálculo de Harduin equivalian á 9.600.000. rs. de nuestra moneda. Ni habló de ellas con menor admiracion Theodorico, en la carta dirigida al Prefecto de Roma Argólico, en que las recomienda por estas palabras. *Quæ* (cloacæ) *tantum visentibus conferunt stuporem ut aliarum civitatum possint miracula superare. Hinc, Roma, singularis quanta in te sit potest colligi magnitudo. ¿Quæ enim urbium audeat tuis culminibus contendere quando nec ima tua possunt similitudinem reperire?* Cassiodor. Var. lib. 3. epist. 30.

No es ciertamente de tanto coste y grandeza la mina construida por D. Ventura Ro-

driguez á orilla del paseo del Prado : pero acaso no es ménos recomendable su mérito, si se atiende á su forma interior y exterior, á su solidez y extension , y sobre todo á su conveniencia con los objetos á que está destinada : por cuyas circunstancias es sin disputa una de las obras mas señaladas que debió Madrid al zelo del gobierno en el reynado de Cárlos III.

La inscripcion esculpida para perpetuar esta memoria en el arco de la desembocadura que está á la salida de la Puerta de Atocha sobre mano izquierda del paseo de las Delicias : dice así

D. O. M.

AUSPICE. CAROLO. III. HISPANIARUM. ET. INDIARUM. REGE. SUPREMIQUE. CASTELLÆ. SENATUS. JUSSU. HUNC. AQUÆDUCTUM. DCCCL. PASSUUM. AD. PURGANDAM. URBEM. ET. AQUAS. PLUVIAS. A. VIA. ARCENDAS. S. P. Q. MADRIDENSIS. FIERI. CURAVIT. ANNO. A. CHRISTO. NATO. MDCCLXXVI. BONAVENT. ROD. ARCH.

Los críticos decidirán si hay ó no entre el objeto de la obra y su dedicacion algo que sea repugnante al buen gusto, ó á los principios de la razon sana y no preocupada por los exemplos de la antigüedad.

XVI.

El buen nombre de D. Ventura Rodriguez no nos permite pasar en silencio la ilustre y generosa proteccion con que fué honrado por el Serenísimo Señor Infante D. Luis de Borbon durante su vida. Gustaba mucho este benéfico Príncipe de su trato y conversacion, y no contento con haberle nombrado su primer arquitecto, dotádole generosamente, y empleádole en el mejoramiento y extension de sus Palacios de Boadilla y Arenas, le distinguió y trató siempre con aquella noble familiaridad que naciendo en el corazon, solo puede perfeccionarse en el espíritu: pues no solo supone el aprecio de los grandes talentos, sino tambien el conocimiento de que el dinero es siempre la parte ménos preciosa de su recompensa. Para señalar mas bien este linage de aprecio

mandó S. A. retratar á Rodriguez, significando que gustaba de tenerle siempre á la vista, y fió este encargo al diestro y vigoroso pincel de D. Francisco Goya, Pintor de Cámara de S. M. y uno de los artífices con quienes señaló tambien su augusta proteccion. Este retrato exîste hoy en poder de la señora Viuda de aquel buen Príncipe, cuyo nombre ha colocado ya la gratitud en la lista de los protectores de los artistas y las artes.

XVII.

D. Ventura Rodriguez fué uno de los primeros que se adscribieron á nuestra Sociedad Económica, y su nombre se halla ya en la lista de los 36 fundadores, formada en 24 de Junio de 1775 (*). Asistió á la primera sesion que se celebró en 16 de Julio siguiente en casa del Señor D. Thomas de Landazuri, y fué despues uno de los individuos mas concurrentes á las juntas ordinarias, informando de palabra y por escrito en varios

(*) Véase el número 4. del Apéndice á las memorias de la Sociedad Económica de Madrid, impreso al fin del tom. 2.

expedientes científicos ; y sobre todo asistiendo á las adjudicaciones de premios pertenecientes á la clase de artes y oficios , donde su probidad, pericia y buen gusto hacian mas importantes sus dictámenes. El ardiente zelo que distingue aquellos primeros y venturosos dias de nuestra Sociedad formará en sus fastos una época muy gloriosa para todos los nombres que pertenecen á ella como el de D. Ventura.

XVIII.

La de la nueva casa de las Carnicerías que mira á la Cárcel de Corte.

XIX.

Fué enterrado D. Ventura Rodriguez en la misma Iglesia de San Marcos que habia construido , y puede decirse que el único monumento sepulcral que hasta ahora tiene es esta bella obra de su mano. Sin embargo la gratitud de su sobrino D. Manuel Martin Rodriguez , Director de arquitectura en nuestra Academia de S. Fernando, le prepara otro muy digno de su memoria en un busto de que está encargado el Director de escultura

D. Miguel Alvarez, grande amigo y apreciador del difunto.

XX.

Procurando no sentar hecho alguno que no estuviese exâctamente averiguado, hemos tenido á la vista el breve y elegante elogio de D. Ventura Rodriguez que leyó en la real Academia de S. Fernando el segundo Director de Matemáticas D. Joseph Moreno en la Junta ordinaria de 4 de Diciembre de 1785, y ademas una muy exâcta relacion de todas las obras executadas por el mismo D. Ventura en la Corte y las provincias, que nos franqueó su sobrino, y gran parte de los planos de aquellas que no han llegado á execucion.

ELOGIO

DE

CÁRLOS TERCERO.

ELOGIO
DE CARLOS TERCERO.
LEIDO
Á LA REAL SOCIEDAD
DE MADRID

POR EL SOCIO

D. GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS,

en la Junta plena del sábado 8 *de Noviembre de* 1788,

CON ASISTENCIA

DE LAS SEÑORAS ASOCIADAS.

Impreso de acuerdo de la misma Sociedad.



MADRID MDCCLXXXIX.
En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.
Con las licencias necesarias.

É aun deben (los Reyes) honrar, é amar á los Maestros de los grandes saberes. .... por cuyo consejo se mantienen, é se enderezan muchas vegadas los Reynos.

R. D. Alf. el Sabio en la l. 3. t. 10. de la Part. 2.

ADVERTENCIA.

Como el primer fin de este Elogio fuese manifestar quanto se habia hecho en tiempo del buen Rey CARLOS TERCERO, que ya descansa en paz, para promover en España los estudios útiles, fué necesario referir con mucha brevedad los hechos, y reducir estrechamente las reflexîones que presentaba tan vasto plan. La naturaleza misma del escrito pedia tambien esta concision; y de

aquí es que algunos juzgasen muy conveniente ilustrar con varias notas los puntos que en él se tocan mas rápidamente.

No distaba mucho el Autor de este modo de pensar: pero cree sin embargo que ni puede, ni debe seguirle en esta ocasion, por dos razones, para él muy poderosas. Una, que los lectores en cuyo obsequio prefirió este á otros muchos objetos de alabanza, que podian dar amplia materia al elogio de CARLOS TERCERO, no habrán menester comentarios para entenderle; y otra, que habiendo

merecido que la Real Sociedad de Madrid, á quien se dirigió, prohijase, por decirlo así, y distinguiese tan generosamente su trabajo, ya no debia mirarle como propio, ni añadirle cosa sobre que no hubiese recaido tan honrosa aprobacion. Sale pues, á luz este elogio tal qual se presentó y leyó á aquel ilustre cuerpo el sábado 8 de Noviembre del año pasado: condescendiendo en obsequio suyo el Autor, no solo á la publicacion de un escrito incapaz de llenar el grande objeto que se propuso, sino tambien á no alterarle, y renunciar el

mejoramiento que tal vez pudiera adquirir por medio de una correccion meditada y severa.

Mas si el público, que suele prescindir del mérito accidental quando juzga las obras dirigidas á su utilidad, acogiese esta benignamente, el Autor se reserva el derecho de mejorarla y de publicarla de nuevo. Entónces procurará ilustrar con algunas notas los puntos relativos á la historia literaria de la Economía civil entre nosotros, que son á su juicio los que mas pueden necesitar de ellas, y aun merecerlas.

SEÑORES.

El elogio de CARLOS TERCERO pronunciado en esta morada del patriotismo no debe ser una ofrenda de la adulacion, sino un tributo del reconocimiento. Si la tímida Antigüedad inventó los panegíricos de los Soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguian [1], nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos Príncipes, cuyas virtudes han tenido por objeto el

1 Mr. Thomas. Essay sur les Eloges.

bien de los hombres que gobernaron. Así es que miéntras la eloqüencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar á los opresores de los pueblos, aquí libre y desinteresada se consagrará perpetuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad están cifrados.

Tal es, Señores, la obligacion que nos impone nuestro instituto; y mi lengua, consagrada tanto tiempo ha á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de CARLOS TERCERO. Considerándole como Padre de sus vasallos, solo ensalzaré aquellas providencias suyas que le han dado un derecho mas cierto á

tan glorioso título; y entónces este elogio, modesto como su virtud, y sencillo como su carácter, sonará en vuestro oido á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecia sus löores á la Divinidad, tanto mas agradables quanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

Ah! Quando los Soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia: quando no han oido en la boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento ¿de que les servirá esta gloria vana y estéril que buscan con tanto afan para saciar su ambicion, y contentar el orgullo de las Naciones? Tambien Es-

paña pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus Banderas llevadas á las últimas regiones del Ocaso para medir con la del mundo la extension de su imperio : sus Naves cruzando desde el Mediterraneo al mar Pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir todos los límites de la ambicion humana : sus Doctores defendiendo la Iglesia, sus Leyes ilustrando la Europa, y sus Artistas compitiendo con los mas célebres de la antigüedad. Pudiera en fin amontonar exemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres ¿que bienes

puede presentar añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos, lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes á cuya posesion los arrastraba el voto general de la naturaleza. ¡O Príncipes! Vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las Naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligacion. Guardáos de atender á los que os distraen de su cumplimiento: cerrad cuidadosamente el oido á las sugestiones de la lisonja, y á los encantos de vuestra propia vanidad; y no os dexeis deslumbrar

del esplendor que continuamente os rodea, ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Miéntras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira desde lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido ó la exêcracion de los siglos venideros.

Parece que este precepto de la Filosofia resonaba en el corazon de CARLOS TERCERO quando venia de Nápoles á Madrid, traido por la providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de reynar le enseñára, que la mayor gloria de un Soberano es la que se apo-

ya sobre el amor de sus súbditos, y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que quando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion, tantas veces repetida en la administracion de un Reyno que habia conquistado por sí mismo, no podia serlo ménos en el que venia á poseer como una dádiva del Cielo.

La enumeracion de aquellas providencias y establecimientos con que este benéfico Soberano ganó nuestro amor y gratitud, ha sido ya objeto de otros mas eloqüentes discursos. Mi plan me permite apénas recordarlas. La ereccion de nuevas Colonias agrícolas, el repartimiento de las tierras comunales, la reduc-

cion de los privilegios de la Ganadería, la abolicion de la tasa, y la libre circulacion de los granos con que mejoró la Agricultura: la propagacion de la enseñanza fabril, la reforma de la policía gremial, la multiplicacion de los establecimientos industriales, y la generosa profusion de gracias y franquicias sobre las artes en beneficio de la Industria: la rotura de las antiguas cadenas del tráfico nacional, la abertura de nuevos puntos al consumo exterior, la paz del Mediterraneo, la periódica correspondencia, y la libre comunicacion con nuestras Colonias ultramarinas en obsequio del Comercio: restablecidas, la representacion del pueblo para perfeccionar el Gobierno municipal, y

la sagrada potestad de los Padres para mejorar el doméstico: los objetos de beneficencia pública distinguidos en odio de la voluntaria ociosidad, y abiertos en mil partes los senos de la caridad en gracia de la aplicacion indigente; y sobre todo, levantados en medio de los pueblos estos cuerpos patrióticos, dechado de instituciones políticas, y sometidos á la especulacion de su zelo todos los objetos del provecho comun ¡que materia tan amplia y tan gloriosa para elogiar á CARLOS TERCERO, y asegurarle el título de Padre de sus vasallos!

Pero no nos engañemos: la senda de las reformas, demasiado trillada, solo hubiera conducido á

CARLOS TERCERO á una gloria muy pasagera, si su desvelo no hubiese buscado los medios de perpetuar en sus estados el bien á que aspiraba. No se ocultaba á su sabiduría que las leyes mas bien meditadas no bastan de ordinario para traer la prosperidad á una Nacion, y mucho ménos para fixarla en ella. Sabia que los mejores, los mas sabios establecimientos, despues de haber producido una utilidad efímera y dudosa, suelen recompensar á sus autores con un triste y tardío desengaño. Expuestos desde luego al torrente de las contradicciones, que jamas pueden evitar las reformas: imperfectos al principio por su misma novedad: dificiles de perfeccionar poco á poco por el des-

aliento que causa la lentitud de esta operacion: pero mucho mas dificiles todavía de reducir á unidad, y de combinar con la muchedumbre de circunstancias cöetaneas, que deciden siempre de su buen ó mal efecto, CARLOS previó que nada podria hacer en favor de su Nacion, si ántes no la preparaba á recibir estas reformas: si no le infundia aquel espíritu de quien enteramente penden su perfeccion y estabilidad.

Vosotros, Señores, vosotros que cöoperais con tanto zelo al logro de sus paternales designios, no desconocereis qual era este espíritu que faltaba á la Nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustracion: ved aquí lo que

España deberá al reynado de CARLOS TERCERO.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un Estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la superstician, y á la ignorancia. ¡Que espectáculo de horror y de lástima! La Religion enviada desde el Cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interes á entristecerle y iludirle: la anarchía establecida en lugar del órden: el Gefe del Estado tirano ó víctima de la Nobleza: los pueblos, como otros tantos rebaños, entregados á la codicia de sus Señores: la indigencia agoviada con las cargas públicas: la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á agravar su

peso : abiertamente resistidas, ó insolentemente atropelladas las Leyes: menospreciada la Justicia: roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desórden todos los objetos del bien y el órden público, ¿donde, donde residia entónces aquel espíritu á quien debieron despues las Naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo: pero quando rayó el XVI. la Soberanía habia recobrado ya su autoridad, la Nobleza sufrido la reduccion de sus prerogativas, el Pueblo asegurado su representacion: los Tribunales hacian respetar la voz de las Leyes y la accion de la Justicia; y la Agricultura, la Industria, el Comercio prosperaban

á impulso de la proteccion y el órden. ¡Que humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entónces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion la hubiese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido?

No desdeñó España las letras, no: ántes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero ah! ¿quales son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigilias de sus sabios? ¿De que la sirvieron los estudios Eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debia á la Moral, y al Dogma? ¿De que la Jurisprudencia, obstinada por una parte en multiplicar las leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio

de la interpretacion? ¿De que las Ciencias naturales, solo conocidas por el ridículo abuso que hicieron de ellas la Astrología y la Chímica? ¿De que por fin las Matemáticas, cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio ¿qual se deberá á tantos nombres, como se nos citan á cada paso para lisonjear nuestra pereza y nuestro orgullo?

Entre tantos estudios no tuvo entónces lugar la Economía civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavía el interes como los de la Política, y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofia de la pre-

sente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez al patriotismo, y conducirle á la indagacion de la causa y el remedio de tantos males: pero esta época se hallaba todavía muy distante. Entretanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas, y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras extrangeras, el fausto de la Corte, la codicia del Ministerio, y la hidropesía del Erario abortaban enxambres de miserables arbitristas, que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos, hicieron consumir en dos reynados la substancia de muchas generaciones.

Entónces fué quando el espectro

de la miseria volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos y sobre los pueblos desamparados, difundió por todas partes el horror y la lástima. Entónces fué quando el patriotismo inflamó el zelo de algunos generosos Españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos, y tan vigorosamente clamaron por su reforma: entónces quando se pensó por la primera vez que habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices: entónces finalmente quando del seno mismo de la ignorancia y el desórden nació el estudio de la Economía civil.

¿Pero qual era la suma de verdades y conocimientos que contenia entónces nuestra ciencia Económica?

¿Por ventura podremos honrarla con este apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus conseqüencias, equivocada en sus cálculos, y tan deslumbrada en el conocimiento de los males, como en la eleccion de los remedios, apénas nos ofrece una máxîma constante de buen gobierno. Cada Economista formaba un sistema peculiar: cada uno le derivaba de diferente orígen; y sin convenir jamas en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda. Deza, amante de la Agricultura, solo pedia enseñanza, auxîlios, y exênciones para los labradores. Leruela, declarado por la Ganadería, pensaba aun en extender los enormes privilegios de la Mesta. Criales descu-

bre la triste influencia de los Mayorazgos, y grita por la circulacion de las tierras y sus productos. Perez de Herrera divisa por todas partes Vagos y Pobres baldíos, y quiere llenar los mares de forzados, y de albergues las provincias. Navarrete, deslumbrado por la autoridad del Consejo, ve huir de España la felicidad en pos de las familias expulsas, ó expatriadas que la desamparan; y Moncada ve venir la miseria con los extrangeros que la inundan. Cevallos atribuye el mal á la introduccion de las manufacturas extrañas, y Olivares á la ruina de las fábricas propias: Osorio á los metales venidos de la América, y Mata á la salida de ellos del continente. No hay mal, no hay vicio, no

hay abuso que no tenga su particular declamador. La riqueza del Estado eclesiástico, la pobreza y excesiva multiplicacion del religioso, los asientos, las sisas, los juros, la licencia en los trages, todo se exâmina, se calcula, se reprehende; mas nada se remedia. Se equivocan los efectos con las causas: nadie atina con el orígen del mal: nadie trata de llevar el remedio á su raiz; y miéntras Alemania, Flandes, Italia sepultan los hombres, tragan los tesoros, y consumen la substancia y los recursos del Estado, la Nacion agoniza en brazos de los empíricos que se habian encargado de su remedio.

A tan triste y horroroso estado habian los malos estudios reducido

nuestra patria quando acababa con el siglo XVII. la dinastía Austriaca. El Cielo tenia reservada á la de los Borbones la restauracion de su esplendor y sus fuerzas. A la entrada del siglo XVIII. el primero de ellos pasa los Pirineos, y entre los horrores de una guerra tan justa, como encarnizada, vuelve de quando en quando los ojos al pueblo que luchaba generosamente por defender sus derechos. Felipe conociendo que no puede hacerle feliz si no le instruye, funda Academias, erige Seminarios, establece Bibliotecas, protege las letras y los literatos, y en un reynado de casi medio siglo le enseña á conocer lo que vale la ilustracion.

Fernando en un período mas bre-

ve, pero mas floreciente y pacífico, sigue las huellas de su padre: cria la marina, fomenta la industria, favorece la circulacion interior, domicilia y recompensa las bellas artes, protege los talentos, y para aumentar mas rápidamente la suma de los conocimientos útiles, al mismo tiempo que envia por Europa muchos sobresalientes jóvenes en busca de tan preciosa mercancía, acoge favorablemente en España á los artistas, y sabios extrangeros, y compra sus luces con premios y pensiones. De este modo se prepararon las sendas que tan gloriosamente corrió despues CARLOS TERCERO.

Determinado este piadoso Soberano á dar entrada á la luz en sus dominios, empieza removiendo los

estorbos que podian detener sus progresos. Este fué su primer cuidado. La ignorancia defiende todavía sus trincheras: pero CARLOS acabará de derribarlas. La verdad lidia á su lado, y á su vista desaparecerán del todo las tinieblas.

La Filosofia de Aristóteles habia tiranizado por largos siglos la República de las letras, y aunque despreciada y expulsa de casi toda Europa, conservaba todavía la veneracion de nuestras Escuelas. Poco útil en sí misma, porque todo lo da á la especulacion y nada á la experiencia, y desfigurada en las versiones de los Arabes á quienes Europa debió tan funesto don, habia acabado de corromperse á esfuerzos de la ignorancia de

sus comentadores. Sus sectarios, divididos en bandos, la habian obscurecido entre nosotros con nuevas sutilezas, inventadas para apoyar el imperio de cada secta; y miéntras el interes encendia sus guerras intestinas, la doctrina del Estagirita era el mejor escudo de las preocupaciones generales. CARLOS disipa, destruye, aniquila de un golpe estos partidos, y dando entrada en nuestras aulas á la libertad de filosofar, atrae á ellas un tesoro de conocimientos filosóficos, que circulan ya en los ánimos de nuestra juventud, y empiezan á restablecer el imperio de la razon. Ya se oyen apénas entre nosotros aquellas voces bárbaras, aquellas sentencias obscurísimas, aquellos raciocinios vanos y su-

tiles que ántes eran gloria del Peripáto y delicia de sus creyentes. Y en fin hasta los títulos de Thomistas, Escotistas, Suaristas han huido ya de nuestras Escuelas con los nombres de Froylan, Gonzalez y Losada sus coriféos, tan celebrados ántes en ellas, como pospuestos y olvidados en el dia. De este modo la justa posteridad permite por algun tiempo que la alabanza y el desprecio se disputen la posesion de algunos nombres, para arrancárselos despues y entregarlos al olvido.

La Teología libre del yugo Aristotélico abandona las qüestiones escolásticas que ántes llevaban su primera atencion, y se vuelve al estudio del dogma y la controversia. CARLOS

entregándola á la crítica la conduce por medio de ella al conocimiento de sus purísimas fuentes, de la Santa Escritura, los Concilios, los Padres, la Historia y Disciplina de la Iglesia, y restituye así á su antiguo decoro la ciencia de la Religion.

La enseñanza de la Ética, del Derecho natural y público establecida por CARLOS TERCERO mejora la ciencia del Jurisconsulto. Tambien esta habia tenido sus escolásticos que la extraviáran en otro tiempo hácia los laberintos del arbitrio y la opinion. CARLOS la eleva al estudio de sus orígenes: fixa sus principios: coloca sobre las cátedras el Derecho natural: hace que la voz de nuestros Legisladores se oyga por la primera vez

en nuestras aulas; y la Jurisprudencia Española empieza á correr gloriosamente por los senderos de la equidad y la justicia.

Pero CARLOS no se contenta con guiar sus súbditos al conocimiento de las altas verdades que son objeto de estas ciencias. Aunque dignas de su atencion por su influxo en la creencia, en las costumbres y en la tranquilidad del ciudadano, conoce que hay otras verdades, ménos súblimes por cierto, pero de las quales pende mas inmediatamente la prosperidad de los pueblos. El cuidado de convertirlos con preferencia á su indagacion distinguirá perpetuamente en la historia de España el Reynado de CARLOS TERCERO.

El hombre condenado por la Providencia al trabajo nace ignorante y débil. Sin luces, sin fuerzas, no sabe donde dirigir sus deséos, donde aplicar sus brazos. Fué necesario el transcurso de muchos siglos, y la reunion de una muchedumbre de observaciones para juntar una escasa suma de conocimientos útiles á la direccion del trabajo; y á estas pocas verdades debió el mundo la primera multiplicacion de sus habitantes.

Sin embargo el Criador habia depositado en el espíritu del hombre un grande suplemento á la debilidad de su constitucion. Capaz de comprehender á un mismo tiempo la extension de la tierra, la profundidad de los mares, la altura y inmensidad de los

cielos: capaz de penetrar los mas escondidos misterios de la Naturaleza, entregada á su observacion, solo necesitaba estudiarla, reunir, combinar y ordenar sus ideas para sujetar el Universo á su dominio. Cansado al fin de perderse en la obscuridad de las indagaciones metafisicas, que por tantos siglos habian ocupado esterilmente su razon, vuelve hácia sí, contempla la Naturaleza, cria las ciencias que la tienen por objeto, engrandece su ser, conoce todo el vigor de su espíritu, y sujeta la felicidad á su albedrío.

CARLOS, deseoso de hacer en su Reyno esta especie de regeneracion, empieza promoviendo la enseñanza de las ciencias exâctas, sin cuyo auxî-

lio es poco ó nada lo que se adelanta en la investigacion de las verdades naturales. Madrid, Sevilla, Salamanca, Alcalá ven renacer sus antiguas Escuelas Matemáticas. Barcelona, Valencia, Zaragoza, Santiago y casi todos los Estudios generales las ven establecer de nuevo. La fuerza de la demostracion sucede á la sutileza del silogismo. El estudio de la Física, apoyado ya sobre la experiencia y el cálculo, se perfecciona: nacen con él las demas ciencias de su jurisdiccion, la Chímica, la Mineralogia y Metalurgia, la Historia natural, la Botánica; y miéntras el Naturalista observador indaga y descubre los primeros elementos de los cuerpos, y penetra y analiza todas sus propiedades

y virtudes, el Político estudia las relaciones que la sabiduría del Criador depositó en ellos para asegurar la multiplicacion y la dicha del género humano.

Mas otra ciencia era todavía necesaria para hacer tan provechosa aplicacion. Su fin es apoderarse de estos conocimientos, distribuirlos útilmente, acercarlos á los objetos del provecho comun, y en una palabra aplicarlos por principios ciertos y constantes al gobierno de los pueblos. Esta es la verdadera ciencia del Estado, la ciencia del Magistrado público. CARLOS vuelve á ella los ojos, y la Economía civil aparece de nuevo en sus dominios.

Habia debido ya algun desvelo

á su heroyco padre en la proteccion que dispensó á los ilustres ciudadanos que le consagraron sus tareas. Miéntras el Marques de Santa Cruz reducia en Turin á una breve suma de preciosas máxîmas todo el fruto de sus viages y observaciones, D. Gerónimo Uztariz en Madrid depositaba en un amplio tratado las luces debidas á su largo estudio y profunda meditacion. Poco despues se dedica Zavala á reconocer el estado interior de nuestras Provincias, y á exâminar todos los ramos de la Hacienda Real; y Ullóa pesa en la balanza de su juicio rectísimo los cálculos y raciocinios de los que le precedieron en tan distinguida carrera.

Es forzoso colocar estos Econo-

mistas sobre todos los del siglo pasado, reconocer que habia mas unidad y firmeza en sus principios, y confesar que se elevaron mas al orígen de nuestra decadencia. Sin embargo, aun duraba entre ellos el abuso de tratar las materias económicas por sistemas particulares. Cada uno aspiraba á una particular reforma. Navia, proponiendo la de la Marina Real, piensa criar la mercantil, y abrir los mares á un rico y extendido comercio : Uztariz, declamando contra la Alcabala, contra las Aduanas internas y contra los Aranceles de las marítimas, concibe un plan de comercio activo, tan vasto como juiciosamente combinado : Zavala demuestra, y dice abiertamente que la prosperidad de la Agri-

cultura y las Artes, únicas fuentes del comercio, es incompatible con el sistema de Rentas Provinciales, opresivo por su objeto, ruinoso por su forma, y dispendioso en su execucion, y libra todo el remedio sobre la única contribucion; y Ullóa aplica las luces del cálculo y la experiencia á todos los objetos de la Economía pública, y á todos los sistemas relativos á su mejoramiento; y sin fixarse en alguno, quiere remediar los vicios generales por medio de parciales reformas.

Algo mas dignamente apareció este estudio baxo los auspicios de Fernando. La doctrina del célebre Joseph Gonzalez, mejorada por Zavala, resucitada por Loynáz, modificada y

adoptada al fin por el célebre Ensenada, hubiera á lo ménos reducido á unidad el sistema de los impuestos, si la impericia de sus executores no malograse tan benéfica idea. Sin embargo la Nacion no perdió todo el fruto de estos trabajos, pues se libró entónces de la plaga de los Asientos, y ahuyentó para siempre de su vista el vergonzoso exemplo de tantas súbitas y enormes fortunas, como la pereza del Gobierno dexaba fundar cada dia sobre la substancia de sus hijos.

Entretanto un sabio Irlandés, felizmente prohijado en ella, se encarga de enriquecerla con nuevos conocimientos económicos. A la voz de Fernando, D. Bernardo Ward, ins-

truido en las ciencias útiles y en el estado político de España, sale á visitar la Europa: recorre la mayor parte de sus Provincias: se detiene en Francia, en Inglaterra, en Holanda, centros de la opulencia del mundo: exâmina su agricultura, su industria, su comercio, su gobierno económico: vuelve á Madrid con un inmenso caudal de observaciones: rectifica por medio de la comparacion sus ideas: las ordena, las aplica, escribe su célebre *Proyecto Económico*; y quando nos iba á enriquecer con este don preciosísimo, la muerte le arrebata, y hunde en su sepulcro el fruto de tan dignos trabajos.

Estaba reservado á CARLOS TERCERO aprovechar los rayos de luz

que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estábale reservado el placer de difundirlos por su Reyno, y la gloria de convertir enteramente sus vasallos al estudio de la Economía. Sí, buen Rey, ve aquí la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una pequeña porcion de ciudadanos, dedicados á investigar en silencio los misterios de la Naturaleza para declararlos á la Nacion. Tuyo es el cargo de recoger sus oráculos: tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones: tuyo el de aplicarla al beneficio de tus súbditos. La ciencia Económica te pertenece exclusivamente á ti, y á los depositarios de

tu autoridad. Los Ministros que rodean tu Trono, constituidos órganos de tu suprema voluntad: los altos Magistrados que la deben intimar al pueblo, y elevar á tu oido sus derechos, y necesidades: los que presiden al gobierno interior de tu Reyno: los que velan sobre tus Provincias: los que dirigen inmediatamente tus vasallos, deben estudiarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios, y sus exêcutores deben respetarlos. Ve aquí la fuente de la prosperidad, ó la desgracia de los vastos Imperios que la providencia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso que no se

derive de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en Economía llena de confusion las Provincias, de lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, SEÑOR, has promovido, tan importante estudio: haz que se estremezcan los que debiéndo ilustrarse con él, le desprecien, ó insulten.

Apénas sube CARLOS al Trono, quando el espíritu de exâmen y reforma repasa todos los objetos de la Economía pública. La accion del Gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos. Renace entónces el estudio de esta ciencia, que ya por aquel tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la Filosofia. España lee sus

mas célebres escritores, exâmina sus principios, analiza sus obras: se habla, se disputa, se escribe; y la Nacion empieza á tener Economistas (1).

Entretanto una súbita convulsion sobrecoge inesperadamente al Gobier-

(1) No puedo dexar de citar aquí una obra que basta por sí sola para que no se tache de arrogante la proposicion que acabo de sentar. Tiene por título: *Discurso sobre la Economía Política. Madrid* 1769. 1. *vol.* 8. *En casa de Ibarra.* Este escrito, tan excelente como poco conocido, se publicó entónces con el nombre de D. Antonio Muñoz; pero su verdadero autor es uno de los Literatos que hacen mas honor á nuestra edad, y con cuyo nombre hubiera ilustrado yo esta parte de mi discurso, si no respetase la modestia con que trata de encubrirle. Mas no por eso dexaré de aconsejar á los amantes de los estudios económicos que le lean y relean noche y dia, porque es de aquellos que encierran en pocos capítulos grandes tesoros de doctrina.

no, y embarga toda su vigilancia. ¡Que dias aquellos de confusion y oprobrio! Pero un genio superior, nacido para bien de la España, acude al remedio. A su vista pasa la sorpresa, se restituye la serenidad, y el zelo recobrando su actividad vuelve á herbir y se agita con mayor fuerza. Su ardor se apodera entónces del primer Senado del Reyno y inflama á sus individuos. La timidez, la indecision, el respeto á los errores antiguos, el horror á las verdades nuevas, y todo el séquito de las preocupaciones huyen ó enmudecen, y á su impulso se acelera y propaga el movimiento de la justicia. No hay recurso, no hay expediente que no se generalice. Los mayores intereses, las qüestiones mas

importantes se agitan, se ilustran, se deciden por los mas ciertos principios de la Economía. La Magistratura ilustrada por ellos reduce todos sus decretos á un sistema de órden y de unidad ántes desconocido. Agricultura, poblacion, cria de ganados, industria, comercio, estudios, todo se exâmina, todo se mejora segun estos principios; y en la agitacion de tan importantes discusiones, la luz se difunde, ilumina todos los cuerpos políticos del Reyno, se deriva á todas las clases, y prepara los caminos á una reforma general.

Oh! quan grandes, quan increibles hubieran sido sus progresos, si la preocupacion no hubiese distraido el zelo, provocándole á la de-

fensa de otros objetos ménos preciosos! La Nacion, no discerniendo bien todavía los que estaban mas unidos con su interes, volvia su expectacion hácia las nuevas disputas que el espíritu de partido acaloraba mas y mas cada dia. Era preciso llamarla otra vez hácia ellos, mostrarle la luz que empezaba á eclipsarse, y disponerla para recibir sus rayos bienhechores.

Entónces fué quando un insigne Magistrado que reunia al mas vasto estudio de la Constitucion, Historia y Derecho nacional, el conocimiento mas profundo del estado interior y relaciones políticas de la Monarquía, se levantó en medio del Senado, cuyo zelo habia invocado tan-

tas veces como primer representante del pueblo. Su voz arrebatando nuevamente la atencion de la Magistratura, le presenta la mas perfecta de todas las instituciones políticas, que un pueblo libre y venturoso habia admitido y acreditado con admirables exemplos de ilustracion y patriotismo. El Senado adopta este plan, CARLOS le protege, le autoriza con su sancion, y las Sociedades Económicas nacen de repente.

Estos cuerpos llaman hácia sus operaciones la expectacion general, y todos corren á alistarse en ellos. El Clero, atraido por la analogía de su objeto con el de su ministerio benéfico y piadoso: la Magistratura despojada por algunos instantes del aparato

de su autoridad : la Nobleza olvidada de sus prerogativas : los Literatos, los Negociantes, los Artistas desnudos de las aficiones de su interes personal, y tocados del deseo del bien comun : todos se reunen, se reconocen ciudadanos, se confiesan miembros de la asociacion general ántes que de su clase, y se preparan á trabajar por la utilidad de sus hermanos. El zelo y la sabiduría juntan sus fuerzas, el patriotismo hierbe, y la Nacion atónita ve por la primera vez vueltos hácia sí todos los corazones de sus hijos.

Este era el tiempo de hablarle, de ilustrarla, y de poner en accion los principios de su felicidad. Aquel mismo espíritu que habia excitado tan

maravillosa fermentacion debia hacerle tambien este alto servicio. CARLOS le protege, el Senado le anima, la Pátria le observa, y movido de tan poderosos estímulos, se ciñe para la execucion de tan árdua empresa. Habla al pueblo, le descubre sus verdaderos intereses, le exhorta, le instruye, le educa, y abre á sus ojos todas las fuentes de su prosperidad.

Vosotros, Señores, fuisteis testigos del ardor que inflamaba su zelo en aquellos memorables dias, en que nuestro augusto Fundador con su sancion daba el ser á nuestra Sociedad. Su voz fué la primera que se escuchó en nuestas asambléas: la primera que pagó á CARLOS el tributo de gratitud por el beneficio, cuyo aniversario ce-

lebramos hoy: la primera que animó, que guió nuestro zelo: la primera, en fin, que nos mostró la senda que debia llevarnos al conocimiento de los bienes propuestos á nuestra indagacion.

Los antiguos Economistas, aunque inconstantes en sus principios, habian depositado en sus obras una increible copia de hechos, de cálculos y raciocinios, tan preciosos como indispensables para conocer el estado civil de la Nacion, y la influencia de sus errores políticos. Faltaba solo una mano sabia y laboriosa que los entresacase y esclareciese á la luz de los verdaderos principios. El infatigable Magistrado lee y extracta estas obras: publica las inéditas: desentierra las

ignoradas: comenta unas y otras: rectifica los juicios, y corrige las conseqüencias de sus autores; y mejoradas con nuevas y admirables observaciones las presenta á sus compatriotas. Todos se afanan por gozar de este rico tesoro: las luces económicas circulan, se propagan, y se depositan en las Sociedades; y el patriotismo lleno de ilustracion y zelo funda en ellas su mejor patrimonio.

Ah! Si la envidia no me perdonare la justicia que acabo de hacer á este sabio cöoperador de los designios de CARLOS TERCERO, aquellos de vosotros que fueron testigos de los sucesos de esta época memorable, sus obras que andan siempre en vuestras manos, sus máxîmas que están im-

presas en vuestros corazones, y estas mismas paredes donde tantas veces ha resonado su voz, darán el testimonio mas puro de su mérito y mi imparcialidad.

Pero á tí, ó buen CARLOS, á tí se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu generosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra estéril, la cizaña de la contradiccion las hubiera sufocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron: tú vas ya á recoger su fruto; y este fruto de ilustracion y de verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Sí, Españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros CARLOS TERCERO. Sembró en la Nacion las semillas de luz que han de ilustraros, y os desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante Ministro, que encargado de la pública instruccion, sabe promover con tan noble y constante afan las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion: en ninguna tan firmes sus defensores: en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apénas hay ya estorbos que detengan sus pasos;

y entretanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambléas, se lee en nuestros escritos, y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reune, se extiende, y muy presto bañará todo nuestro orizonte. Sí, mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la Verdad sentado sobre el Trono de CARLOS: la Sabiduría y el Patriotismo la acompañan: innumerables generaciones la reverencian y se le postran en derredor: los pueblos beatificados por su

influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

O vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion, miéntras la mano bienhechora de CARLOS levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la Sabiduría: miéntras los hijos de Minerva congregados en él rompen los senos de la Naturaleza, descubren sus íntimos arcanos, y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y dia el arte de aplicar esta luz á su bien y

prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del Trono, que se difunda por los Palacios y altos Consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afan, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á CARLOS un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cöoperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la Nacion para hacerla dichosa.

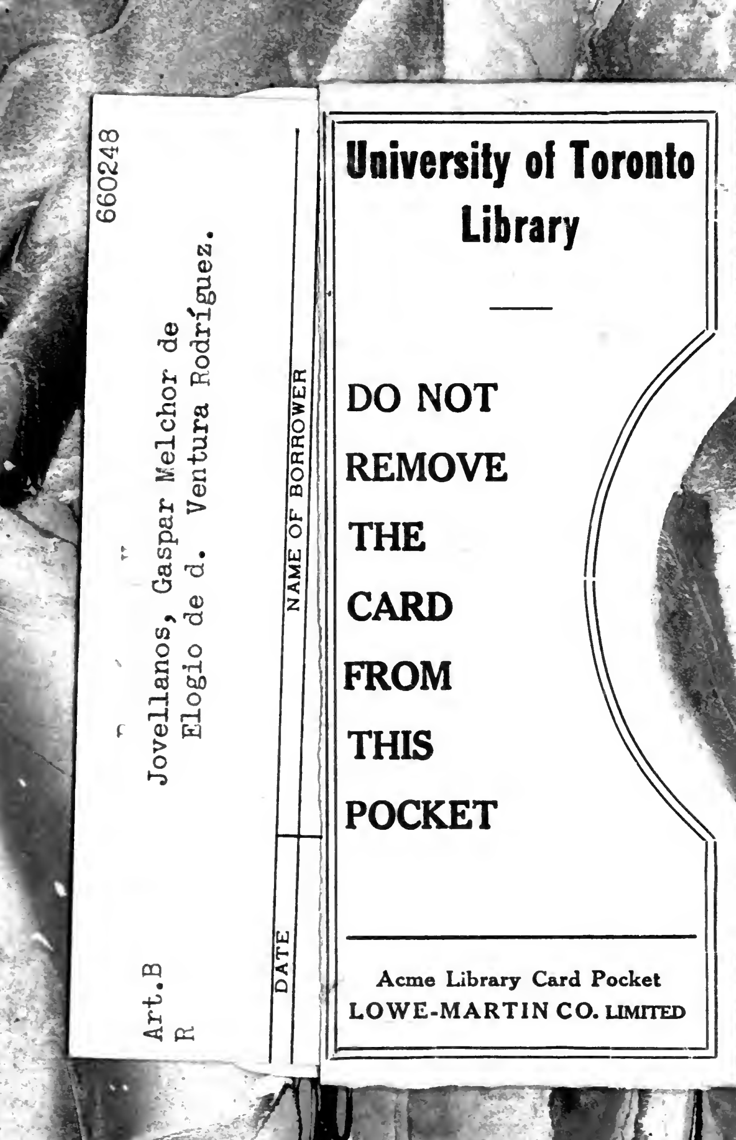
Tambien vosotras, noble y preciosa porcion de este Cuerpo patriótico, tambien vosotras podeis arrebatar esta gloria, si os dedicais á desempeñar el sublime oficio que la Naturaleza y la Religion os han confiado. La patria juzgará algun dia los

ciudadanos que le presenteis para librar en ellos la esperanza de su esplendor. Tal vez correrán á servirla en la Iglesia, en la Magistratura, en la Milicia; y serán desechados con ignominia si no los hubiéreis hecho dignos de tan altas funciones. Por desgracia los hombres nos hemos arrogado el derecho exclusivo de instruirlos, y la educacion se ha reducido á fórmulas. Pero pues nos abandonais el cuidado de ilustrar su espíritu, á lo ménos reservaos el de formar sus corazones. Ah! ¿De que sirven las luces, los talentos: de que todo el aparato de la sabiduría, sin la bondad y rectitud del corazon? Sí, ilustres compañeras, sí, yo os lo aseguro, y la voz del defensor de los

derechos de vuestro sexô no debe seros sospechosa : yo os lo repito : á vosotras toca formar el corazon de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones á que están unidos el bien y la dicha de la Humanidad. Inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud, que vosotras recibísteis de la naturaleza y que el hombre alcanza apénas á fuerza de reflexîon y de estudio. Hacedlos sencillos, esforzados, compasivos, generosos : pero sobre todo hacedlos amantes de la verdad, de la libertad y de la patria. Disponedlos así á recibir la ilustracion que CARLOS quiere vincular en sus pueblos, y preparadlos para ser algun dia recompensa y consolacion de

vuestros afanes, gloria de sus familias, dignos imitadores de vuestro zelo, y bienhechores de la Nacion.




660248
Jovellanos, Gaspar Melchor de
Elogio de d. Ventura Rodríguez.
Art.B
R
NAME OF BORROWER
DATE
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

